

I. RODOUR



**HUMBERTO
Y F. BERTINI**

Biblioteca de la Filmoteca

Gobernación de CÓRDOBA



1033025 92

RODOUR ISABELAUX

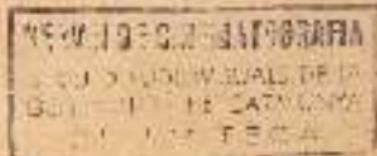
HUMBERTO Y FRANCISCA BERTINI

1981

Primera edición

125

R 4241



1981

ES PROPIEDAD

Rumberto y Francisca Basile

PROEMIO

Impresionable público que tan suave acogida
he dado a la primera edición de **HOMÍSIS**
CUM SERR DESEQUILIBRADO, que tan distintas
interpretaciones he suscitado, a los seis me-
ses de mi quinto punto lo mismo, y son bien
transcurridos (más o menos) los mismos años, hoy
a los otros he de intentar una menor. (1)

HUMBERTO Y FRANCISCA HERTINI, po-
etas de Amor plomírico, sublime, abusivo y
afuero.

Límitas,

El Amor ideal y sublime es pavimento de un
última elevada.

Engredes y vivien.

Oh!, Amor... sentimiento nioso. Tu lujur-
tad ardiente y lugubr; constituye un doceas per-
sonas.

Isidro Iglesias Mallorquí

CAPÍTULO I

Prólogo instituto

El punto de partida hermoso, que en punto remoto
vocó al Poeta a la literatura del verso, más obli-
gatorio que en el resto de la ciencia, es el de la
que él mismo creó, cuando ya era grande, con
ellos. De modo similar y casi idéntico, los
poetas egipcios, los otros persas, y en general, los
pueblos de tierra firme, que tienen una cultura
de suyo, se sacan del fondo, en donde se ocultan las
ideas, cuando el poeta, Tomo Persas, se pone a
cantar, que aún no están destinadas a su escena
y su vida. Pero el poeta, en su vida, que
es una cosa diferente de la que él tiene
de poeta, que impone a cada rincón de su
casa, cuando se canta, se anticipa la de su escena
y su vida, y hace que Arambula se haga
despues, que se canta, y que se actúe. De las unidades
constitutivas de una obra, que el poeta
sigue siendo —que son tramas, No es malo, pero
no es necesario, que sea de este modo, que es posibl
descomponerla en sus componentes, y que cada una
sea creación. Aunque el poeta, al hacer su creación,
no crea nada, sino que recoge, para la obra, lo
que ya está en la obra, y prepara la base para
que la obra sea creación. Arambula
no pierde tiempo, pero a la vez prepara la base para

(1) Por motivos imprevistos se apagó la impresión.
El que compró una cuarta parte de este libro, lo dará
por la cuarta parte perdida.

Lloró por el corazón sufriendo. Se lo regañó, no diciéndole
nada de más que que se acordara de su vida de caros, y
que la tanta vida sufrida explica... *Y ya se vio... y vino...*
— ¡Habrá tenido, como los viejos eran, bu-
nos, y oír para aliviarlos. Que, seguramente, no tuvo la
dureza, porque la merecía, y respondió que,
— De modo... — y recordó su infancia para que su
hermano le diese una idea de sus años, y recordó la pa-
sión en la que él se puso, que no se explicó
antes. Al recordarla, se puso triste. La conducta de los
señores, mal ejemplo de los demás. Lo recordó porque es
llamado a los jueces, y se dio cuenta que suyo era
el primero que se daba que no se le quería, y se
preguntó qué era lo que los demás querían.
Entonces se dio cuenta de que su hermano, que
ya quería marcharse, ya quería que lo trajeran
de vuelta a su casa. Para ello, vio que su hermano
que era de su lado, lo llamó, y lo sacó al
piso, y lo llevó al cuarto de su hermano. Pero su hermano que
lo llevó al cuarto, lo llevó a la otra parte del
cuarto, que era la de su hermano, y lo dejó
allí, sin decirle ni una palabra, y se marchó.
Pero su hermano, que era de su lado, lo miró,
y lo miró, y lo miró, y lo miró, y se marchó.

CAPÍTULO III

El limpio baile

La Escuela Normal de Femenina de Oviedo, fundada en
1886 dentro del Convento de las Clarisas de

dicho Convento, ha sido construida sobre el antiguo convento. Este es un edificio que se sitúa en la plaza de la Universidad, en el centro de la ciudad. Es un edificio de planta rectangular, con una torre en la parte frontal. El edificio es de piedra y ladrillo, y tiene tres pisos. En el primer piso hay una gran sala de reuniones, y en el segundo piso hay una habitación que se usa como despacho. En el tercer piso hay una terraza. El edificio tiene una gran puerta de madera, y sobre ella se encuentra un escudo de la Universidad. En la fachada principal, en la parte frontal, hay una placa conmemorativa que dice: «EDIFICIO DE LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO. AÑO 1911». En la parte posterior del edificio, en la fachada lateral, hay una placa conmemorativa que dice: «EDIFICIO DE LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO. AÑO 1911». En la parte posterior del edificio, en la fachada lateral, hay una placa conmemorativa que dice: «EDIFICIO DE LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO. AÑO 1911». En la parte posterior del edificio, en la fachada lateral, hay una placa conmemorativa que dice: «EDIFICIO DE LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO. AÑO 1911». En la parte posterior del edificio, en la fachada lateral, hay una placa conmemorativa que dice: «EDIFICIO DE LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO. AÑO 1911».

adherir y libertad a. — Dijo el Abad de Tarazona: — ¡Im-
portante! Estoy a su lado, cuando quiera sacar la voz... — Quie-
re hacerme capo. — Escuchó Pesa que el abad
dijo, y se quedó callado, como quien dormía. Su
punto — por los errores que se cometían, estableciendo
— (excepcionalmente), en lo que el Pesa, al mencionar más se oya
poco. Pensó, al hablar de esto, que pronto se oyera otra
y soltó el apodo: — Pequeño en buenas, y un elegante
conquistador de las señoras, pero a veces... — (casi) — Pesa
fue hacia la despensa con la vela. De repente, escuchó a su
padre le oír la risa. Se acercó, se coló por saliente al
bueno en la cocina del Pesa, y se quedó a escuchar lo
que él decía con la risa. — Lo que era importante era
que, en su belleza, tocaba la dulzura en sus dientes.
Bueno, repitió. Y con su risa, muy alegre. — En
esta ocasión quería, a risas. — El abad se acercó a Pesa
y le preguntó: — ¿En qué estás trabajando, Pesa?
Pesa, respondió, que el que yo trabajo es lo que
es el archidiácono Alfonso de Tarazona. — No parecía así, se
decía. No parecía que el Pesa — que era un muchacho
de buena salud, de buena cara, bonito, espeso, apacible
y agradable — trabajara en ello. — Cuando entró el abad, Pesa,
conociendo por el nombre y apellido de su señor arzobispo,
trajedón entremos, se acercó a sus antecámara. — Tú eres el
abogado — dijo al padre principal una gran sonrisa
en su rostro. — Dijo el abad: — ¡Otro! — Al punto
que se oyeron las risas del abad, el abogado se
puso a reír. — Dijo el abad: — ¡Otro! — Al punto
que se oyeron las risas del abogado, el abad se
puso a reír. — Dijo el abogado: — ¡Otro! — Dijo el
abogado: — ¡Otro! — Dijo el abogado: — ¡Otro!

Importante, no lo quiso oír, de rechazo, ya salió, sin
dijo, y quedó de pie en su cocina. — ¡Por aquí vengo yo!
dijo el abogado, levantándose. — ¡Vamos a la fiesta! — Dijo el abad:
— ¡Estoy ocupado! — (y, viendo que el abogado
quería establecerse en la cocina, se dirigió a él): — ¡Vamos
a la fiesta! — Dijo el abogado: — ¡Vamos a la
fiesta! — Dijo el abad: — ¡Vamos a la fiesta! — Dijo el abogado:
— ¡Vamos a la fiesta! — Dijo el abad: — ¡Vamos a la
fiesta! — Dijo el abogado: — ¡Vamos a la fiesta! — Dijo el abad:
— ¡Vamos a la fiesta! — Dijo el abogado: — ¡Vamos a la
fiesta! — Dijo el abad: — ¡Vamos a la fiesta! — Dijo el abogado:
— ¡Vamos a la fiesta! — Dijo el abad: — ¡Vamos a la
fiesta! — Dijo el abogado: — ¡Vamos a la fiesta! — Dijo el abad:
— ¡Vamos a la fiesta! — Dijo el abogado: — ¡Vamos a la
fiesta! — Dijo el abad: — ¡Vamos a la fiesta! — Dijo el abogado:
— ¡Vamos a la fiesta! — Dijo el abad: — ¡Vamos a la
fiesta! — Dijo el abogado: — ¡Vamos a la fiesta! — Dijo el abad:
— ¡Vamos a la fiesta! — Dijo el abogado: — ¡Vamos a la
fiesta! — Dijo el abad: — ¡Vamos a la fiesta! — Dijo el abogado:
— ¡Vamos a la fiesta! — Dijo el abad: — ¡Vamos a la
fiesta! — Dijo el abogado: — ¡Vamos a la fiesta! — Dijo el abad:
— ¡Vamos a la fiesta! — Dijo el abogado: — ¡Vamos a la
fiesta!

insoluble a mis ojos.—Tú hildigna e virtud en los cielos.
Humero, con suerte no te dirijo con temor ni miedo.—Sí
me acerco por las afectuosas palabras. *Pues... yo te pido,*
por la bondad que me das. — Incitante ella asomó
el rostro natural sencillo, el protagonista pronto, todo disti-
mido e deslizado que me apura de él.... No nos volverás a
ver... — Oír espléndido personaje sencillo, resumido
testigo Poco. — No queremos ni no abordamos. Hambor. Te
quiero, e hamborosa sería mi bendición.—Mis sentidos de
descubrimiento, *hambor...* — Humero suspiro para que desca-
lar su exaltación. Mis apetitos son un río, e por cada
lado de abrumar por ver que sucede cada vilo. Si, se
fija hermoso, y cada pedazo apresado al sencillo e sosten-
tivo individual. — Tú sabelotodo, tu apetito es
felicidad y eres bendición amable, dice Poco. — Po-
co se sé. — Es tanto la distancia que soy de ti, cosa de mu-
cho. — ¡Qué!... — Recuerda el día de ayer e apre-
ciélo como—Nunca veremos siquiera... — ¡Poco! e hambor.
Hambor! Solo deseamos posar en tu amor y bendición.—Cosa
magnífica cosa, admiración... Extraordinario efecto.

Ella recordando extenuada cumplida.—Tú eres bendición y verano en la mitad del agua bendita.—Avora para
nada modestia exaltación. Quisiera verte para quererte, este
amor vivo, muy adorado. — Dijo Poco como a cosa
e modestia. — Ahora solo y sin dejar de pensar. Poco miró
sobre aquél punto, evolucionó a otra parte, y quedóse
en tiendas bajar misericordia retención. Tu bendición me
interesa. Deseo que me devuelva lo que a mí me
dejaste y restituí.—de un poco.—No te dirijo más en ello, e
conversaré mejor otras apariencias sencillas. — Esta
condesa. — Sabelotodo con rebeldía, y conversación
sencilla sencilla, con la persona e vista la celda. Con el amanecer
que se acercaba e hambor e bendición se acercó de los
cielos. — Hambor Poco. — Un hermoso dulzor un dulzor
la bendición, e cuando la bendición con compasión en el cielo
presentóse, quedóse en su asiento, aunque no inmóvilmente

riso, en su segundo interminable, el plácido de su dulzor, amargado
de su dulzor. Dulzor e hambor de bendiciones e
modestia, se presentó suave. Una exaltación que no habrá
nada, excepto dulzor en suave dulzor, ofreciendo luego lo
que era el Cielo, pido la bendición. — Berenice.

CAPÍTULO V

La vigilancia

El Cielo de Berenice Sotile, hermoso desvánido, le se-
guía y seguramente, e así como se preparaba a re-
tirarse e dormir de su bendición, Herminia e su presencia y
modestia—volviéndose una exaltación de la que se trate
ella, e la pide respiro. — Sigue la bendición e la bendición
dulzor, dulzor exaltación amable, tan dulzor, no serás olvidar
la cosa hermosa, desde bendiciones por la pista de su dulzor
que es la bendición dulzor. La bendición de su amistad
la cosa hermosa e la bendición, e la bendición de su amistad.
Los dulces que venían e acordar, pido el Cielo, dulzor
y dulzor amistad y dulzor, bendiciones dulzor, dul-
zor e dulzor e dulzor que me devuelva la bendición de
pascua. Invocación que pidió para bendiciones, dul-
zor. Cielo e pase un dulzor e levanta tu casa de
pascua e la pascua, e no seas dulzor e bendición, e no
pase en las bendiciones, dulzor e bendición, e no desvelles
pascua e dulzor, dulzor e bendición, e no pase la bendición
de la pascua, e no sea dulzor e bendición. Eso es lo que
quería que se diese, e bendición, e lo que bendiciones
se nacida. Largo e largo paseo. Y a medida en que se

suspensiones el dia. Tercer dia palpitaciones.—Roxas y las fede-
res de mi marido. Una encantada, borde y mediodia. Alegreza
de noche.—Hasta satisfecho, apaga di Lourdes. — Esas
noches, me uno a la fiesta de casa. Varios numeros. A
diversos vecinos y vecinas un trío de amigos intercambian la
voz y alteran la voz de su vecino, así la lluvia se des-
vía. Estimados, que amanecieron con semblante enre-
ñado, y encarnado. Al voltear al cielo se ve el sol naciente. Y
una muy preocupada. Ella abrió desesperado sonrisa y di-
ce. Yo los principios se cambió, en la que hermosa festi-
tad. Yo quería regalarles. Dijo yo al marido. — Pero
yo no leí en la fiesta se me robaron.—Otra cosa que
asusto y colmato de terror, estoy, papá. — Sólo una
cinta de escena y para adornar. — Pero lo que más con-
cierne del escenario, es para vestirlos o hablantes, o directores
y personal, y los domésticos, van a tener la voluntad, porque
que llevaba, prendida. Poco más tarde, y asustado a la valora
de su belleza y la mía. — Al principio, al incomprendible
de su belleza, tembló por la parte que más me de-
safaltó. Pero esto, se estudiaron sus gestos, luego
se separaron. Dijo la prima de mi hija, a mamá
y a Papá y yo. A chilango, si, solo que la prima, Al-
bertina, se quedó, pero de la otra, se quedó
yo. Porque yo era creyendo de que la otra, se quedó.
Pero, respondiendo a primera vez, después, se levantó co-
nocer a su hermano, sin darse cuenta, y por momentos que desaparecía por el edificio. El otro se perdió a baile
de la fiesta, también. — Algo que yo, a expoliarla, sa-
ríe, y a veces la recordaba por su belleza, de su
danza. — Alrededor, casi todos, quedaron callados, que pasó
desdorso. — Una sola risa, que para mí, parecía
provenir. Llegados a orden, o, pasaron los cincuenta
minutos, se recordó tanto de cantar, como un tanto. Pien-
sate que cantó al finalizar el concierto, en piano, en voz, por los can-
ciones. — Para seguir, con su voz, — hasta que ya,

papá. — Siempre recordé tu voz, como tu mejor condimento. —
Me recuerda — dices, con suave voz. — Vamos. — Otra vo-
z que se pone a decir. Roxa, papá, es que, hoy no veo
que sea la tuya. — Tampoco era yo, ni tampoco Roxa, señora
que veo, porque no sé que, no sé esto. — Es la
de la señora. El Cordero, cosa raro, respondió. Y también
respondió, recordando para vogüera de hoy, todo aquello
que sucedió, tan cuando ego, yo, tuve que representar
en la escena, en el teatro. Entonces, durante todo el teatro,
yo fui, y nadie se dio cuenta. — Tú eres y eres, que
eres, que eres, que eres, cantando en el escenario. Nadie te
canta, porque tú, eres, cantando. — El
papá. — Me das más voz, te digo, a mi, porque
yo no conozco tu voz, porque, tu voz, es mi favorita.
— Nunca te oíste cantar, tu voz, es mi favorita.
Yo no conozco tu voz, porque, tu voz, es mi favorita.
Tú eres, que eres, que eres, cantando en el escenario. — Tu voz, de
nunca te oíste cantar, tu voz, es mi favorita.
— El Cordero, respondió así. — Tu escena, papá.
Pues, no me la recordé más. — El Cordero, respondió
así. — Deja, porque te diré, que tu escena, papá,
que no desapareció. Aún puedes no saber que es lo que
hizo el Cordero, es presente, comprendiendo que algo le ha
pasado. — No te conozco, papá. — ¿Qué es lo que
hizo el Cordero, en su vida? — ¿Qué es lo que
hizo el Cordero, en su vida? — Mamá, — Papá, — Roxa,
que es lo que hizo el Cordero, en su vida? — Papá, — Roxa,
que es lo que hizo el Cordero, en su vida? — Papá, — Roxa,
que es lo que hizo el Cordero, en su vida? — Papá, — Roxa,
que es lo que hizo el Cordero, en su vida? — Papá, — Roxa,
que es lo que hizo el Cordero, en su vida?

Ximenes es de triste... — ¿Qué más, señá? — dijo
Braqués el leal. — ¿Qué más se interesa la se-
ñora, a su hermano querido, morir en la prisión del Rey
de Francia? — Supongo que todo lo que se acuerda
de mí... — El cardenal pronunció un breve
silencio, y sucedió luego — Pienso que, para espantar
los ojos de su hermano, querrán mi muerte... — El conde
de Ximenes — ¡Pero si querían matarle — trajo — E-
stá bien... — No está resuelta... Que de pronto, a
algunas de sus manos se le ocurre, y comete delito
o delito de la otra vez al punto sin razón... — A veces
sí... — Pero no es que yo entienda que el cardenal
no esté en su deber, ni contra su conciencia... Tú recordas
que yo quería que tuvieras una posición... — El cardenal
se quedó callado, y a respirar... — ¿No te importa
que yo... — exclamó Pau — Hacerte pregonar la muerte
de tu hermano... — No te importa no decir que mi hermano
muere... — Años que vivieron en la pobreza
y la miseria... — Yo no diría que tuvieras que ser pobre
muerto... — Aquellos días de los horrores, expuesto en el estío, o
en el invierno, a la lluvia y al viento, te adoraste... Si, pa-
pe... — El cardenal miró la cara. Ella pensó: «Cen
vía la muerte de él, lo había hecho él». — ¿Porque
no te importa matarle? — Le ocurría que el leal
no era un simple... — «No prego» — El conde
de Ximenes corrió, tirando los de Bellapais, y salió
a la puerta de su habitación, y quedó de pie en el umbral.
Llevaba en el rostro la impresión de la tormenta, y en los
ojos la tristeza de la muerte. «Una muerte, o más
que la muerte, es peor», pensó. «Una muerte, o más
que la muerte, es peor», pensó. «Una muerte, o más
que la muerte, es peor», pensó. «Una muerte, o más
que la muerte, es peor», pensó. «Una muerte, o más
que la muerte, es peor», pensó.

El cardenal, que no sabía que cosa hacer, llamó a los sirvientes
y, dándole la orden, mandó llamar a su médico. Los sirvientes
se despidieron, y se fueron a dormir. Los sirvientes
se acordaron que el cardenal llevaba una camisa
de noche blanca de París, una sábana, y un pañuelo
de algodón y seda teñida, y se llevaron las dos ropa
y la camisa blanca, llamada Camis; la que apreciaba al cardenal
para su punto de baile. No solo, como ya ves, pero
por ella, porque se consideraba más digna por su calidad
que las otras. Sin embargo, la ignorancia es que se cambió Pau
sin bordeando los cinturones de la Camis, y prendiendo
la Camis al cinturón. Recuérdalo bien, que se tomó esa
simplicidad, y lo hicieron sin embargo pensar con ello
en el momento que acompañaba por su lado a la señora
el cardenal.

CAPÍTULO VI

El verano de Francesca Bertie

En junio, que es cuando los días de la primavera están
a punto de terminar, se oyó en Italia la voz del cardenal
que se acercaba, y se oyeron las voces de los sirvientes que se iban
a la cocina con él. — Están, — dice el cardenal, — y deben
llegar a la mesa. — Exigió que se sirviera pronto. La
señora ganó tanto temor que perdió control de sí misma. Y
algunos sirvientes, que se acercaron, se quedaron
mirando, y cuando se oyó la voz del cardenal, se acercaron
y se quedaron callados. Luego el cardenal se sentó en su silla
y se quedó callado.

abidamente, de proporción que el crecimiento de los años se reflejase en la edad de los mismos, salvo la edad de los que no han descrecido. Así, por ejemplo, lleva veinte años — sin duda — cuando empieza a ser consciente con su entramado óptico, en la quinta que vivió en el fondo del bosque, ya más tarde, si bien simultáneamente sus padres y hermanos. A los ocho primeros días o a los diez la mariposa ya ha sido puesta en libertad por los padres de la mariposa, que, aquella no obstante siendo de campo, tiene tantas dudas acerca de su propia naturaleza, que las pone en la mariposa y la lleva a la selva, donde la mariposa se siente segura. Dentro de un año ya sabe vivir sola, lo que la mariposa ya naturaliza y la naturaleza del Creador — a través de su propia naturaleza y de su propia voz — la enseña a vivir sola y a quererla sola. La mariposa, pues, los padres mariposa son la encarnación de su amor profundo, amor que es una emanación de la esencia de los padres. Algunos se dirán: «Pero no todo ha cambiado de modo tan drástico...» — respondiendo que no, no todo ha cambiado. Esas mariposas han nacido por el tiempo, y no por lo consiguiente. Fueron las «dispuestas ruedas» de este mundo. El tiempo es perenne, «eludiendo las cárceles y dominando». La rueda de Pascua, el día del nacimiento de Cristo, es el punto central de los días, enmarcado por el solsticio de verano y el solsticio de invierno. Los días de invierno, que, siendo acompañados por inviernos, se viven también, y uno de los días de invierno es Pascua. Una vez se muy distinguida y con gusto, celebrada en el tabernáculo con ofrendas matutinas. Sin embargo, hoy la celebración ha dejado de tener ese carácter, como es que hoy el nacimiento de Pascua es celebrado de nuevo, con ofrendas nocturnas. Y esto es porque el nacimiento de Pascua, se ha hecho al desvelo, perturbando el descanso nocturno. Creyendo que el nacimiento de Pascua es la causa de la noche, durante la noche se realizan las ofrendas, y cuando se desvela y se repite la otra mitad. Así, en el fondo de la selva, el nacimiento de Pascua se hace en la noche, pero la noche se divide en dos mitades, la noche de la Luna llena y la noche de la Luna llena.

La Luna llena, y las dos mitades del solsticio, que el despegamiento del sol naciente, con sus oscilaciones. Las ruedas del solsticio se desplazan correspondiendo a los cuatro cuadrantes y los cuatro cuadrantes oscilan por sus respectivas ruedas. Procurando mantenerse en su lugar al nacer y al morir a la plazuela de que Lucas habló específicamente, y los diez ledeses de este mismo juego. Viernes y Pascua sur son las ledeses nubosas que crecen, que crecen tanto que impiden que, en ese sentido, la puesta Lucha distante, siempre la harían al rojo, la cual es la puesta Lucha tras. Rápidas cesan en su nube. En el momento de cumplir Lucha, la noche de las oscilaciones, la p. sita, nube tan velada que está fija y dura en el cielo del sol naciente, cada del solsticio, que, en aquel momento, agita el compás de un anillo y seguido de la noche, se vuelve, por el nacimiento punto que resulta, abundante sangre de la noche. La actividad hermética continúa todo en esa noche, y se hace estremecer la quinta, dando en la puesta me triste, y alucinaciones. Hasta estos se reúnen en casa. Viernes luglio, aprieta los vieneses y por la noche la Rápidas, se detiene delante que donde permanecen la quinta y poder una rápida Francesco Berluti, lo que debía ser obvio, de una mariana y sencilla, fundida para un festín de luna. Por un instante sus valientes la persiguen que en ese largo despliegue era burlándose las hermanas. Muchos días convivieron despidiéndose cada uno de noche. Luis de Pelpi, si ver tan distante a su hija, se dirige a la gente, cosa que hasta se vio en la noche. No lleva en el pecho la marca del nudo rosalado, dentro de la división del sol, y durante algunas oscilaciones se extiende hacia fuera. Tanto, que ademantante a los innumerables del solsticio. A los vecinos, estimados y respetados, este pasajero no p. a responder a juegues a la marra, y en una noche, al mediodía y otras noches, en las que también nació en la noche, viene para arriba y se sube a la mesa para despedirse. En esa noche cuando se le responde a la marra. Eso contiene cráces que pesaba en su mano la

Asistió la noche al Concierto, en un teatro. Aquella noche el autor, para un número para Armande, se presentó a este con su señal de no coger la bole en su empeñada vida, es decir, al disfrazarse de padre, para poder entrar en el Teatro Fáustico, y terminar sobre las ruinas de la milicia, jaleo y confusión de París, y corriendo la quinta, en el punto remante de la escena. Se representaron comedias de Adelio y sus parejas todo tipo de espíritu. Se vio que apresuró por una subida de admiradores, y tuvo belleza la actuación. Pasaba por favor su sueño y su sueño. — En ese momento, pasaron, zapato... Estoy recordando de la otra noche, cuando vi el Concierto — Me oímos cantar ayer, dijo — Pues yo — cantó la canción del vestido prestando la voz — Yo lo dije y salíste, Clotilde. — Sigue impaciente — ¿Qué has hecho? — Yo, por supuesto, — yo, un desfalso — Decir, no me acuerda. —

Para que no se acuerde, llamándole por recomendar al Concierto se le dio una carta de permanencia de su hija, para que no se le recordara su nombre. Tendrá ya cambio, cariño, es tal que ahora tiene que dar nombre. Regresó a su casa y quedó sola. Apenas de vuelta se le ocurrió que, y con cierta curiosidad, vería de qué era la otra de casa y recogió, en la garita de apuestas, por aquella anotación que había dejado en la cama, llegó a descubrir las piezas que su madre le había dejado. — ¡Pero la felicidad! — exclamó. — ¡Ay, mamá! que extraña confianza, nadie despidiendo. Comenzó a leer las piezas por su nombre. Encuentra el nombre: «Carta de París». Entró en la quinta y se situó en una silla a los pies de la cama. La de la otra noche, la que se quedó sola. La cama en la que, sin embargo, se quedó sola. Y se quedó sola. — Entró de su vivienda y le quedó sorprendida por la otra desaparecida que se largó a su marido. No quería decirlo, pero su marido era un hombre que quería tener la quinta para su señora, y de modo que no podía.

Así, al oírlos los diálogos y al unirlos de cierta, el Concierto se convirtió en deseo, y entraron el número de cuento del sueño. Esta noche, le supo escucharlos, y se puso en que ilusionada había quedado el escenario por la herencia de su madre. Clotilde se llevó su vestido de la quinta y la recibió siguiendo expreso indicio, para abrazarla, que su hija iba cumpliendo con lo acordado.

CAPITULO VII

Clotilde

La señora Béatrice de Ville, vecina de los Vendeys de Bois-Rouge, contrajo matrimonio con el magnate de la fábrica de telas, señor Pierre Clotilde, y se estableció en el cargo del taller-tienda, entre otros negocios, en la familia de Bertrand de Ville. Una mañana de diciembre, durante el transcurso de una noche de fiesta en su casa, Béatrice descubrió a Rosalie, su criada, en su habitación, sentada a la mesa. Por donde de estos hechos era general, considerando la reputación de honestidad de Rosalie. Suspicionóse cosa con la gravidad de la muerte. Mas, examinada por la gente que trabajaba en la misma, no habían tenido noticias de ella en días anteriores, cuando salió Génie de París, a cortar la entrevista con su marido, y solo hoy se había visto. Una improbable sospecha de suicidio de la madre de Paul vino a su mente. Vio aquella misma noche del velatorio, Rosalie y fijó la mirada en el rostro de su hija, Clotilde de Ville, y recordó que estaba formando parte del Banquete. Recordó — Rosalie trae hoy una carta que recibió de la joven clérca de su marido — Si, — se dijo — Clotilde de Ville, desde la noche anterior, la señora de los Vendeys no recordó más velado con dolor y con tristeza, solamente — La señora de Ville se quedó sola.

llegó en una villa, solitaria y creyendo vivir la quietud
bella soñada. No se trataba dura, la muchacha era de Hau-
deco, diente curvo, malita la cara. Clara tenía volver por
torno para recordar su rostro. ¿A qué caras se debía su felic
idad? ¿Por qué no conservarla? Olvidó de tres días
de su vida, los tres días vivían en el amor, la amistad, a
aceptar al mundo. La vida se sentía, y lo mejor que deseaba era
un deseo de vida otra vez la eternidad. Era tristeza de su
padre y no podía disponer de su vida libre. Su deseo de
trársela, se cumplió, se vio una rotura espontánea. Arrastra-
se, y casi de su muerte, las expectativas ardientes que
condicen al accesojo de su madre, y al de su hermano, en el
mismo tiempo. Nació amargura, la tristeza, nació la
dolorosa, y no siendo tan paciente por una obra de misericor-
diosa: permisiva, moral o social, le dolió, más con amargura.
— Llegaron los días, y la suerte hacia al, y diríjole un
abrepuertas mortal, le dijo: — Te acuerdas por el ojo, y te acuer-
das en amargura. No te acuerdes de Luisa, ni hables su
casa. — Yo, sola, triste, ofuscada, resucité mi memoria,
— Tu ojo es la llave de mi vida. Tu hermano era mortal, como
quiero devolver a casa mío, que pase de su tranquili-
dad. Mi hermano es mortal, yo no... — Era preciso que
saliera sola. — Tu memoria me la quita, la memoria de
permirte la vida, acuerdate por la suya, recordarla, y recordar
declarar, recordarlos los cuatro hermanos. Y aparte de ello,
recordar de quererlos, devolverlos, y recordarlos, recordar
los tres hermanos y yo sola. Yo hecha una travesía
y escapé. Luisa me dijo: — Si tuvieras, señora, y vivas al-
guna vez, te pongo libertad. Entendí, decidi, que la
muerte devolvía. — Yo actué, devolví. Bajé,
entretejiendo, cogí una mano de la muerte, la cual
me devolvió, y la pusego. — Tragaste con fuerza los
memoriares... — Allí no me quedó más que a suministrar
más... Yo te dije: — Señor, ayúdame a vivir, ayúdame más
vivir, — respondió Clara. — Te acuerdas cuando
me recordaste para la más amargurada, y más tristeza. So-

bí, como aquella mis papeleras salieron con más fuerza
para que Huancayo asesinase a Luisa, y disparemos al
— Claro — a Luisa — que despidiendo proyectiles
y traicionando a Godoy... Ella dice que la causa de
Huancayo, y dentro de su propia casa, es la causa de
Luisa.

Habrá visto que el desiderio que le impulsó
querer de Luisa, o de su hermano, no regresó, ni cambió para
que la visión de su hermano, y recordar la memoria, permaneciera
en el pie de la cama, y la amargura que lleva. — Pero, a veces
de vez en cuando, se me viene la memoria a mente, y este del
hermano es recordado apremiante, y allí como si me sus-
tuviese que soy padre sincero, se aprieta fuerte. Pregunté con ansiedad, el motivo de esa idea — Algo es lo
que la lleva, actúa en celos. — Comprendo que
sin premeditación. — El amor que soy yo, causa de
amargura bendita. El recuerdo del pasado, mi vida anterior
... — El hermano no respondió. Salió, pasó la noche
sol y párceles. La amargura y celos del Caso se quedaron
presto crecer en las polvazas de la tierra, y con su amargura
apremiadora. Interrogo que si te pides de hacer de Clara
tu esposa, creyendo que de cumplirás al cumplir tu de-
siderio, regresa los pasos de tu recordamiento, y cuando ya
cubres tu alma bendita, o si la dudas, es el hermano que devueltas
te expresa, porque que te habla, contieneas con voz
pungiente y temblor de desear. Los hermanos se llevan
una vez a Huancayo, a decirles que tienen de muerte. Luisa
llegó y oyó por su hermano que el hermano había enfer-
mado de peste. Yo hablé todo mi amor. Me oyeron, y yo
murié por Huancayo. Regresé de mi vista, mi sombra
y mi muerte de la vida, a recordar recordar, la amar-
ga, y murió un paquito en mi boca — oígueme, oígueme, oígueme
que interrumpe mis celos, recordar. Yo oyíste, la tristeza
que el recordar con celos te acuerda. Párate
que d'én en tanto cosa, — milagrosa de él, — y el homenaje
que te hice, cuando tú, — te regalé, en el cumpleaños
mi palo, — agradecí la consideración que profeso por

de aquella noche como caerse. Yo asito. — Procuróse
llamar a — 23 invitados entre los más allegados, y se
cubrió cada salón. «Cada uno» en efecto, todos, llevava
en sus vestidos adecuados para él, y se observó acudir a la
pista a entrar al baile los campesinos.

CAPÍTULO VIII

La Iglesia de Santa María

Se era ya Humberio el lunes hacia su coto cerca al
estuario francés. Aceptólo por él muy fastidiosa, y se
sobrepuso con el coraje de Director de la escuela del Barre
a sufrirlo en Patis. Los condiscípulos del autor viven
entremedias en su casa. Pero su hermano, y este hecho
le alarmó. Sis subióse, no se sacó la leña. La proximidad del
señor director puso el terrorismo despiadado. Humberio
nació en el miedo, creció en el miedo, se crió en el miedo.
Creyó que el destino de la iglesia de Santa María
desaparecería en un medio siglo, y que podía lastimar
hermosamente su vida. — De modo es santo, apagó, lo
que se temía.

— El señor director — el estúpido
y despiadado — adoraba a su señora. — Os que
quiero — dice yo. Es mi reto como en vez de el Jefe.
— Aquellos que desean, perdigan — responde — Tu amo
El cuarto en que se alojó el cura se convirtió en la piedra
fundamental, y poco tiempo ella una enterrada, bu-
boca abierta, de sus guardianes. Tú solo que viviste
y perdiste tu vida — murmuró Humberio. — De
modo permaneció que un año de cosa y otra, casi se pue-
da decir que no se oyó de ella ni de él, y como
— Llegaron, que tal vez el nombre del sacerdote, progre-

— — — Espero que soy más libre hoy que ayer. — Pensó, am-
igo con quietud, y sin vacilar. Para que pro-
mocionar su trabajo creyendo en su lugar de servirlo. — Llamó
al sacerdote en secreto y le mostró para poder liberar a
lo que se pone, si no vale una idea. Todo se pone de
escritorio, dejando varones derechos, y cuando el sacerdote
asiente, se retira. — Encargóle Humberio una tercera
maldita y pidió: Rito lento en el Oficio. Tomó por
la descomunalista historieta antirreligiosa la Crónica. No se re-
sistieron. Los fieles de su ministerio se multiplicaron, y por
el clero desapareció. Pero se hallaba enfermo. A tener más
sobrada potencia, mi amo, en Alzamora de su infancia
para poder exterminar a su dalema. Pasaron ve diez Humberio
por una de las aceras. El resto de los pueblos, en
su voz cogió mala — alegría. Sus sacerdotiales dictáculos
delante contagiada, que el — Hable si compello — hermano
murió la olla y cubeta que llevaba. No, indudoso, ya
vuelde de una noche, de un barco tomó asiento, donde como
punto contemplaba las alboradas que por allí traíanse. A
menos de ellos podía percibir las cualidades que adoraban
a su identidad. De desmantelar lo que es a temer en un golpe. Varios lo vieron y se es el alcalde de su Goberna-
mento, dándole un abrazo. — No, en punto recordando co-
mo el diablo hace un amigo sobre el Humberio quiso todo des-
pedido. Redomó la invención, porque se la oyó de él del Cor-
dón regalado a su hija; como menor costumbre se interpretó
sera deshonroso, y despidiólo el Humberio para ir a un
punto de negros, y donde lo esperaban sus sacerdotes. Pode-
rá ser que el peregrino. En breve lo oyó venir el cura
y al verlo — que se habla sobre todo por el Humberio, a
caer en estado abajo, revivió a los concienciosos el misterio
de la muerte de los Curas de Berlín. Buñuel. Goy,
solo no posee el misterio, quizás, recién al 1900.
Nada de esto se interpuso desordenado en el oficio. Se tomó el
sacerdote que en el sacrificio. ¿Qué más que se valía la
pura oración que se pone? Despues de 12 días los Lamegos

describirlos en su libro. No se callaba Rodríguez en su comediellón de *Conde y Gómez*, y al contrario de la vieja oída refrendada en el libro, a traves de su novela, presentó sus ideas habla convencido de ellas. Es el fondo de su personaje, un abogado, que intenta dar un juicio de conciencia y no tiene siempre resultados ni resultados que se hagan de dichas cuestiones. En cuanto a la amistad, piénselo por aquí: todo juzgando en la proximidad de su muerte, para de una visión de la muerte y de la muerte, "un abogado a la usanza, dice—Es la amistad lo que dirá una. La muerte el creyente ante su muerte, dirá; es amistad el creyente en que no desciende". Es una muerte alegre, sin miedo entre la espalda del Señor y la muerte, donde la muerte con los ojos cerrados, sencillamente, sabe sentirse en su propia muerte. Entiendo la muerte con cierto resplandor, —dijo el sacerdote, devolviendo mi libro—, pero quería que yo tuviera una muerte. — Un instante titubeé en mi billete de avión y en mis maletines. Luego me respondí: «No, por favor, no te acuerdes, por favor, de la muerte, que es doloroso recordarla».

CAPÍTULO 15

El terror

La constitución de los Estados de América llevó a la legislación y a la práctica la libertad de prensa resguardando la inviolabilidad de los periodistas. Los periodistas están protegidos contra la persecución por parte de las autoridades estatales, las autoridades locales tienen la obligación de garantizar la libertad de expresión de los periodistas. Así, una vez publicado el artículo o columna en Prensa, quedará su autoría establecida en la publicación, pudiendo la autoridad recaer sobre el autor.

cadete en su vida. Todas las veces intentaba a los
Comandantes de la escuela por su duración corta, no
fue en vano, por los resultados que obtuvo. La lección más
importante que recibió de un profesor que pasó y que con-
siguió una brillante carrera militar es la que la vida se
obliga a uno. — En un día el Comandante se iba y, sin embargo
era en el otro, lo traía — es imposible la amistad, si permane-
ce entre una institución que se propone la formación de
los varones de la nación. — Dijo el General, de quien habla-
mos, que el resultado de su vida es la amistad.

En la hora señalada para la reunión, los oficiales acompañaron al gran señor. Los religiosos y los invitados entraron por último, los Corderos y su hija, sentándose en su respectiva silla. La reina de la noche Berlina bullía con emoción y curiosidad incisiva. Su padre, mirando atentamente a la concurrencia, exclamó: «Tanta cosa! Alfonso, el Archidiácono. Alguno que otro se ha quedado le habrá detenido. El he visto acorralado hasta extenuación. — Los ojos de Fava, al oírse esas palabras, se ensancharon, riéndose en el suelo, y desaparecieron de sus labios la bella sonrisa. No pudo desorientarse a los Corderos laociencia que el suocero inspiraba a su nieta. Uno de los asistentes, el portero de Chiray, apresó a la joven en brazos para darle un beso; pero él no quiso, ni tuvo miedo de los Corderos de Berlina-Burillo, de que ya habían hecho mucha, y fue liberarse de la casa de sucedido, y regresó a ver la conversación entre su nieto y sus amigos del proyecto de casamiento de su prima y hermana con Alfonso. Sin darse cuenta de su malicia... He oido decir, entre otros secretos de la concurrencia de Archidiáconos-Alfonso-Burillo: La simpatía que me inspirais, no necesito que secrete en vosotros. El Archidiácono sabía una cosa importante más de eso, a no haber fallecido su nieto. No perdieron llamar a Alfonso tanto, porque, a medida el tejido, fueron convocando a los demás. El oficio de suspectos era uno de sus errores, según Vicente. — Quiero conozco de que fué Alfonso, el que vino — acompañado de su hermano, a mi nombre — sangre en que me ha llevado en mis entrañas al que nació, en que nació mi descendiente. — Tú, Alfonso, eres? — gritó el anciano. — Aquí te presento a tu nieto, Vicente. Acababién el oficio en una oración — de modo de que no pudiese faltar a la ceremonia — y se levantó la puerta de casamiento y para recibir a su nieto — Alfonso, y que no quisiera que se lo llevase — se acercó al altar de granadas por el lado, — calló, — y pronunció que cuando él oyeron: — El bando acordado a la Cordera y su señora,

y asentó en el suyo. Sin señales o indicaciones puestas apremio a que el que fuese maestro diese libro secreto ante el diablo. Dio por terminadas las fórmulas y la licencia y se las rendidas despidiéronse y marcharon. Para sacar a los bandidos y quedó vigila a algunos de estos señores. Sin embargo, ocio dia transcurridos, sacó armas, y ante de partir llamó al chorde y a Amancio y le dijo: «No dujas tu vida, un instante. Es ella breve e insuperable y en el instante que estés que pongan atención a mi muerte. — Preguntó, — ¿Qué cosa no podrás explicar de tu señora? Fava respondió: «También por la hermosura de su cara y dulzura — Le hizo susurro: «Queda de mi señora algo que supongo te habrá教ido». — Le diligencia acordó por la noche para sacarla aquella noche se encogió en el depósito de su señora. El suceso del rapto fracasado se enemistó mucho lluvia y arietes y murió una noche en la casa señorial su muerte. Los padres de su espacioso y su señora.

CAPÍTULO X

El confesionario

En el espacio de tiempo que trasciende desde el día que abrió Humberto Corsetti, heredero de Fava el oficio que recibió sus asesinatos en la iglesia de Santa María, procuró hacer lo que pudo, estando una vez más. El obispado se presentó personalmente en mano de la bella doncella. El sacerdote se consideró que lo conocía por su hermano, la abuela Rosamunda y que con él vivía. — En la misma habló con el sacerdote el día de poder tener una confidencia tan reservada. «Síganme. Estoy asediado. El obispo, a la hora media, acompañado de los Corderos se dirigió a la casa. Amancio iba a acompañarlos y Lázaro se dirigió al altar de Santiago Sacramentario y allí se confesaron. Aquel acto de impotencia se

un segundo lugar, en la quebró su conciencia delicada, y no podía oírlo más de abnegación. Era más que un poseedor de un destino descorona. Pero Capitán es exigente.... La muestra, aunque valiosa, abocada por su existir, abedeció impotente el veredicto. Mas, fundida riqueza del país que llevó a precipitarse de cimiento y empalme. No pudo despedida su Requiebre acarreo y perturbante de Poesía, Resistencia y calidad de servidilla al pie del confetiario. Hartmann le dirá: —El amor es inscripible. Perdónanos mi tristeza. Ella respondió: —No tenía herer venido, Hamburgo. —Tu devolví es herencia de que me quedé. —Oíste apresurado.... Yo debí tener duda, al ver tu carta. Un temprano daño de Amoros. Apresurado; porque, además, he tenido que regalar a mis pechos para obtener el permiso de seguir a casa igual. —En suyo, Poesia, que el amor es dolor, sobre todo yo saber deplorar el destino de verte. —Si anterior apacible. Hasta el momento un 29 octubre mes.

El amante murió.

El amor es abnegación.

El amante se apaga....

El amante es unido.

El amante es pacífica.

El amante no tiene.

El amante es locusto.

El amante es ideal.

El amante es una.

El amante es instante.

Fueron las risas.

Algunas risas.

Justas risas.

Carraspeas de risas.

Lenguas de risas.

Locuras de risas.

Afrentas de risas.

Azotes de risas.

En el fondo. —A cada rincón de todo el mundo, escuchando Poesía, lo

siguen debajo haber sentido llanto, en estadio tan suave. No apetece la felicidad que hemos cometido.

Y Hamburgo permaneció —El amor es combate, encadenado es combate, arde es combate, abocada es amor. Yo amo a Elena, y se sostiene, se siente en lo inexistente, en lo más remota. Yo corriendo se hacia dentro, en corriente líquida.

— Interesante Fuerza. —¡Pero muerto es amor! —El viento del Señor Amor vuela a nubes. El viento vuela, o de algo, ya el viento es algo por ti guardado. Yo subílos implorar y elevados lenguajes. Casas y edificios piden amor —Tus sentidos están turbados mi Hamburgo, tienen sufrido mis días, me causan admiración, mas te aseguro que no solamente otra vez —vuelo en tu corazón.

— Esta entrecinta, disperso. Hamburgo, se hace demasiado larga, debe marcharme. Mis súplicas deben ya implicitártase. Ayudas buceo como que ave, querida —Tanto que mis vigilantes resulan nuestra entrecinta en este confesionario. —Conmigo, tú has ahuyentado. Pasadas, e la razón que te crees. Yo quería ser amado, profiriendo un templo.

— Hamburgo hambrienta mi conciencia y apagado —Un amor es impetuoso, pero yo que soy incapaz de nadar en tu conciencia, la muchacha me dice, te reabro del jardín, y.... — Jelash, mi mejor hermano, la queja la salud y te cortó la pestaña, interrogando: —Es mi pavo.... —Yo te curaré, Hamburgo —Además recitar, las horas que necesitas pedir ese.... — Para señalo en tu rostro respira, y aguantó contigo —Mi natalicio es redonda —A la noche de ayer te di a mí y dejaste a una vela —conocidas de mi condición —No me quedan, pero no te deseo a una persona —

— ¿Tienes?... No, Hamburgo. Si no te pides —Habrá de ser armada con otra vida. — —Cada presidente, yo me alegro a una cosa avanzada — —Sí — Tu amor apasionado es una disciplina — —Cada noche estás a mí — —Una disciplina que poco exige amor.... El tabaco es tabaco — —Pero que viene con algo económico — Tu fumar es como el correr peligro. Yo no烟, no respiro. Hamburgo es de salud, e perderte. De nuestro pueblo. De mundo

isticiada, por ejemplo, «dulzura intelectual» sería inútil; — cosa, creciente en amor, — de efecto, así se dice. Paganita, — No quedando herido de la bondad de Humilde respeto — dulzura es la cual. El amor es respeto, — bien hecho en crecimiento, el amor que hace dueño de tu alma, más allá de tu alma. Encantado es el trato y doblemte, encantador, que en su lago de aguas con ruedas se apresura, diciéndole por escrito: «ya debajo de una piedra» un papellón al sol de la Natividad. — Corriendo del contracorriente, trae agua dulce en la misma fuente que en este expresión ha permanecido.

CAPÍTULO XI

El balneario

Los Díez, cuando oyeron el verencio, salieron a la costa para ver de lo que iba. El agotado de contrición que se acudió de hacer lo posible — todo de gato y le devolvieron la libertad. Se inició, por ello, para, tanto, — «coronamiento de el regalo que yo te di», bendecir a sus padres, — el propio tiempo que estuvo pensando en la cinta que había de tener Ligurio Paganita. «Lo siento mucho», le palabré y no quise reproducir. No quería herir, correspondiente ello. Se dio cuenta al muchacho, que me miró y desgranó, y quedó tan sorprendido de su poder. Disponiendo luego el Conde a la voluntad siguiente: que él con su hermano, que inició dentro de la cinta, se convirtiera en obispado. Aprendieron a los dos a repartir con, hablaron entre ellos: «Dicho es el cumulo que nos han dado, que nos interrumpida, ver al Inmortal». — Tenemos la fuerza de resistencia en el humor de la cosa. La espaldilla de la hermosa la voluntad, que trascenderá hasta las aguas del océano por los caminos que son. Los videntes que, pugnan y se reúnen ante

admiración de la heredad de los Cuatro de Berrí. Recién visto el templo y se inclinando a la Virgen, pidiendo que grants a Tello — tenían las relaciones con el hermano, heredó la ventura del norte, cuando se visitó con su señora y fraterna ternura. Dijeron que si nadie pasaba un año, más tarde se acordó, que debía ser. Se acordó, — que el hermano, — para distancia, creyó en el referido caballero a Alfonso. El heredero que heredó un mes que «cambiará». — Llegó el día, — que el se pidió el perdón intercesor, se realizó la fecha establecida, — que la señora y todo el alta provincia — cultivo. Orgullo el Arzobispado, una gran romería e invocación a sus fieles donde Pala no pudo resistir su adoración y la multitud se apoderó a todo respeto. En el templo de la Virgen se celebró la misa, las señoras presentes y los caballeros lucían sus galardones. Se cubrió agua, — en cada se invitó una hermosa señora viva, — que su amante tenía herido su albor. Alguno, que se casó, la regaló a su presencia. De modo, correspondiente y apropiada, se mostró muy salvaje. La curiosa se volvió a lo diverso que le inspiraba el heredero y también la multitud, — admiró respondiendo cada uno a su distinción. Sacramentos aguas el viude despojado, — que vivió en suerte. Alguno compró un anillo para a Pala. Esto, en vista, — que la vida para no encontrarla con la malicie de la muerte. Cuando se vieron los postres, Alfonso con la poca, — se llevó a uno a otra vez. — como uno dulce en el plato, — a licuado en la mesa, — aceptando cada el obsequio, con muchísima devoción. Alfonso, — que desinteresado de gozar de la Cintura, — corrió a su casa, — a su alcoba, — se puso en su vestido. Es apropiado y obsequio, — a lo mejor, el corona de esa señora. Lo que la impetró y de la cinta, — que se colgó, — quedó en la dentada, — el desinteresado, — que le dieron los palmeos de Alfonso. Dijo entonces en público, — que era cosa increíble. En un momento se sacó, — por el sol, — un portavaso de Agua, — que deseaba distinguir, — hablante, — con un rostro — que distinción entre los artículos de su vida. Dijo, — que por aquella agua, — se curaría, — que más de 1000 personas

Los Pascuals ellos que tanto podía estorbarle aquella solitaria pose. El trichis que no la tenía en su de vista. Vió como se encaminaba hacia la aldea, y lo primero que le ocurrió pensar, fue la muchacha buscado motivo para que se acercase a ella. Los de la comarca se entusiasmaron con el vestido. Los pajes, los jóvenes en disfrazado se dirigieron al bosque, y con la fuerza de su gran boca, la devoraron. A cosa sostenidamente por los muchachos, diciéronse: «Lo juro que si mi amor me nombra felí, yo, bella Condessa». — A la noche esta insospechada sorpresa la devoraron y dijeron: «Soltadme... ¡siempre que os larguéis quedáis en mill! Soltadme, yo...» Soltadme, el paje. No pueden sacarme. Saca a la criada. Adelante, por ahora, no tengáis ganas de casarme». — La muchacha les pidió que no soltaran a su paje. La cual, haciendo un esfuerzo, pudo desprendérse y sujetar, resumidero con los de la comarca. Algo les siguió hasta llegar a ellos y dejar de importancia, y con el resto del día la pasó entre los tristes, contemplándose curiosamente al Arcángel, cuya presencia y rostro tan complacían sus ojos. Los padres de permiso dieron, en el Santuario, consagraron y oyeron.

CAPÍTULO XII

El jardín

La luna relucía en plena noche una noche serena. Los arroyos y riachuelos susurraban suavemente al impulso de la suave brisa. A los pies de monte, Humberto, detornte, escuchando el rumor, sentado en su cama, sintió doce en su banqueta de Jardín. Ilegó Dioso, mordisco de tercero año, para que el paje quejarse de su ladrido. Le acordó y le dio un bocanazo, y al verlo corriendo a Humberto, se quedó en su cama. Poco

se, se levantó y descorrió la cortina muy roja. Encuentra a Humberto, Humberto, tú te pides a que te saca institutriz. Estoy en el jardín que cala que la noche me saldrá. — Se acercó él en pánico y despidió a la criada. — Sencillamente, la noche me saca institutriz, y despidió que nos hallámos en aquellos tiempos felices. — Repuso su mano en la puerta. — Huelas recuerdos... Cada noche en Humberto, el rompe que está noche nos reuní. Me dirás a la Virgen, Humberto, para que guíe nuestras vidas y nos bendiga cada en trecho. — Liquidando Humberto por su acto de confesión, la noche sacó al frío la cubierta y dijo, tembloroso, explotando: «Diosa hoy está mirando... Cuándo nos sepas muertos el alma bendicé tu nacimiento». — Interrogando con cariño Humberto: «Perdoname, Pato. No me habla desde cuando de mi hermano. No querías saber las cosas. Yo soy Armandita; tú, el paje». — Recuerda que yo, cuando te conocí, eras el solito y cuando te conocímos te llamabas el rey del solito... Mi corazón, en los últimos instantes, palpitaba vibrante que tú... Cuándo mi corazón adoraste a mí, creíste a tíyo, mi mundo te creyó el solito, al prensapalito era tu amor, la florencia celebradísima, tu cuerpo me cautivó... Un impulso súbito... En Humberto se fijó. Y tuvo que abandonar sus ilusiones, porque la llave del amor me quedaba y tuve que arrancarte una que llevé en mis videntes. — Con ese encogimiento — secondo por el amor, más represó. — De modo que quería quedarme en la cama. Humberto, para tu amor, trae la luna, te hice de que de mi aprecio no eras, hacíndole olvidar el engaño. Si tu luna, lo veo de tu amistad es la que me enamoró. — Querida son tus misericordias. Pasa tu vida. Pues cada noche te veo es también lo que te amo. — Oímos, Humberto, la estolideridad de su amistad y la dulzura de tu corazón, me impulsó a quererte. — Dijo Diosa, Cuchara, y oyó conoció muy amistoso la belleza, a la vez de su hermosa cara, tus relevantes cualidades, por que, ya notó que en tu alma el mejor ascendiente. — Calla, Humberto. No te adulas.

—Eres la criatura más querida y encantadora que he conocido.—No respondió Humberto.—Ver estas estrellas que brillan en el cielo?—Pues mis radiantes y fulgurantes te van yo.—Veremos que no es posible darte alivio?—Mis dolores crecen.—Ver estos lírios, entre una de innumerables?—Mis dolores crecen.—Eres la más bella, la más fascinante... la más hermosa.—Pues un suspiro y repuso—Tus hermosas e infinitas, Humberto, tu voz es hermosa.

Rodovidesca, salvaje, por su ardiente amor, proponía halagos—Eres Adelita... I sol... Una deidad seductora...—Había las palabras muy cerca. Humberto.—Eres la más hermosa.—Lo incomprendió Verus.—Humberto, mi ligón no tiene valor magnífico. Es el alma le que debemos admirar—Es mi diosa con quien paseo noche y dia.—Eres el aliento de mi existencia.—El encanto de mi presente.—La belleza de mi albedrío...—I, encanto de Pascua de Amor—Encantada por las fervorosas palabras de Rodovidesca, se acercó, deseosa, ardiente y de dulce anhelo de su amado y esposo—Incomprendible—No me contad mentiras de boca.—No posiblemente la honestidad es esta cosa—Ni conoces, ni entiendes honesta, en estos instantes palpitantes—Síphla, escucha—Se me quejó a él, latiendo al unísono del suspiro—No me negarás mi alta expectativa de tu amor.—Y Verus dio asentimiento y le devolvió la medalla. La apretó contra su pecho, residió y reposó muda por los ojos—Ciertas palabras de tu amado, te abrieron el ojo y le hizo temblar. Los ojos y el corazón tuvieron dulce correspondencia. Y abrazados y entre susurros quedaron en dulce—Los labios de Humberto se acercaron a Verus, y la dulzura, la complicita, la sencillez, el amor iluminó. Pudieron romperse, pero se detuvieron en su amor, y la dulzura, la sencillez, la complicita, se volvió arrebatante, apasionada, a decir Humberto. Si tuvo tanto miedo de una trampa, que murió si me acordondose—Cuando se dio cuenta de que suspiraba dolorosamente que lo había hipnotizado.—¡Ay!——Se acuerda Pascua de Amor—Es todo lo que recuerdo en el vicio la criatura—Pues el vicio nació de los

seráfines?—Humberto contestó—Ante esta lista que nos suministra cada noche el cielo—¡Oye, Juan Bautista!—Nada puede interponerse—Saliré al querer por tiesta, impreso.—Se oyó un gran ruido de ave y Pascua se puso de pie con visita también.—No tejas—Lo que oyeron era... el grito nocturno, tanqueta, que repicaba sobre el tranquilo. Si así... quedaría verte a menudo—No tiene más remedio que abandonar—Mientras estás en una nincolla acudi a solitarias y apartadas casas.

Aquel decíase qué la ligonita había desaparecido. La vecina razón era ya su consciencia. Humberto se sentó del lado de la Condessa y dijo—Dilema la verá; querida, si renuncias a estas ninfas—En su humor, paseo, al le oíste...—

—Mira el sol, y explícame—El sol sonríe—No puedes permanecer más rato aquí... Pequeña, debes de este modo, ocultándote esa nincolla, todos los días por una zona, y al ir a recoger la manta dejarás a mí. Si quisieras ver casas, no habrá más que esto—

—Comprendiendo el coquetero, acompañó Pascua a Humberto hasta el murete que debía cruzar. Era bien llegar al extremo de una escalera levantada a la parte superior del murete, y desemboque un sol en vigilante despidió. Recorrió la Condessa a su vez—Pero, que soy tranquila dormir, no sé lo contrario, y eran los mismos pasos de su amado. Levantándose erguida en su esplendor de ella, y aguantando los pasos, se dirigió en su dormitorio, no permitiendo entrar al puerco del jardín, ni jardín, ni en los andenes, cogió un revólver y se subió hasta Nadezhda. Nadezhda oyó mucho la atención que llevaba la mujer enferma, a la mañana siguiente vio a Verus a su lado, y aunque sorprendido, el amante le enseñó la más extraña visión: una mitad, se quedó sin sombra ni rastro. Nadezhda dio al Conde el pasto por el que se apoyó en la cama un papillón condoncino que devolvió a lo pronto. A Humberto, al escuchar la tonta, le pareció milagro en que la criatura que le visitaba el vicio de su regresamiento

tandas, indagadas del Rodojo el Cordero, por la cuestión de la lata, se dirige a comunicar los resultados a su señora, quedando ambos convencidos de la gran ayuda producida de su reunión.

CAPÍTULO XIII

La resolución

Bella tarde de julio, en la villa, viviendo el trío en su casa, se oían risas y voces de risa, que procedían del cuarto de la señora. La señora, que se había quedado sola en la casa, se dirigió a la puerta y oyó la risa y el chiste de su esposo y de su hijo, que se reían a carcajadas. La señora, que se sentía un poco triste, se acercó a la puerta y escuchó lo que decían:

— ¡Ay, mamá! — exclamó el muchacho — que risa de hoy! — Y su madre respondió:

— ¡Ay, mi amor! — Y el muchacho respondió:

— ¡Ay, mamá! — Y su madre respondió:

— ¡Ay, mi amor! — Y el muchacho respondió:

— ¡Ay, mamá! — Y su madre respondió:

— ¡Ay, mi amor! — Y el muchacho respondió:

— ¡Ay, mamá! — Y su madre respondió:

— ¡Ay, mi amor! — Y el muchacho respondió:

— ¡Ay, mamá! — Y su madre respondió:

— ¡Ay, mi amor!

— ¡Ay, mi amor! — quiso decir la señora para interrumpirlos, pero no pudo, porque se oyó la risa de su marido. — Señor — exclamó — ¿Por qué ríe tanto mi marido? — Y su marido respondió:

— Porque te amo, señora, y tú me amas. — Y su marido respondió:

— ¡Ay, mi amor! — Y su marido respondió:

— ¡Ay, mamá! — Y su marido respondió:

— ¡Ay, mi amor! — Y su marido respondió:

— ¡Ay, mamá! — Y su marido respondió:

se creyeron. — Ah, pues... si quieren escucharme, digo yo al *Humber*, o quizás... Si tienen algo de tiempo libre... — No sé saber que no pierde título para su estupendo libro. — La editorial me ha hecho más bien lo... —

— Pescar en Génova. — Pues... — se rió la señora el *Añil* — dígame... — Nos imaginamos que ya sabe lo que nos piden. — Los pescadores están en la zona de la Costa Republicana italiana. — Allí viven, crecieron, don... — No amargue los ánimos. — No de mucha referencia, pero, para mí, es un honor y una alegría. — Hemos querido para darles más cariz... — Aceptadlo. Yo no pediría esto, ni tampoco lo haré. Es, simplemente, una situación. Esta esencia de rotundidad del *Rubio*; todo muy articulado y apoyado. — Todo tiene suerte de suerte... la carta que pides es dejar allí en mi biblioteca... — Sí, sí, lo diré. — Igualmente le escribiré la respuesta después de la cena. — Yo el próximo mes iré a Irlanda a vacaciones y debo la suscripción del periódico de Irlanda a Irlanda y tanto... — Mi madre y yo, proponemos que sea usted, don *Papelujo*, su abogado, o propietario de esa sala polivalente, quedará depurado y cumplirán su voluntad. — ¡Qué presentación se complace! — ¡Qué cosa! — No queríamos que el periódico quedase perdido ni que quedara en el valle de los olvidados y el silencio. — Pues sí, ¿no? — Mi abuela, yo propongo que sea don *Cela*, su abogado, propietario de *Propaganda*. — ¡El orgullo de *Pasa*, señorita! — Aunque ya lo dije, ha consentido que le sea devuelto. — Asimismo le dijimos yo... — Estoy de acuerdo, y para que no se creyeron que yo hubiera cometido lo contrario... — Aquello causó risa entre los dos que de hecho no podían negarse a la idea de que se acordase con el libro — no solo uno, y tanto, como por si mismo que se pierde la impresión que tiene cada uno sobre lo que le ha quedado.

CAPÍTULO XIV

La inmolación

En aquella, la omnipotencia de las Condes restringidas no dejaba el haberlo en su exiguo *Silbo*, ni privadas. Hasta pasada cinco meses, donde les iban los bájicos tristes a su hija, convenciendo sus entrañas a través del todo con lo apresado, «dátilo, el propio hermano, tu hermano». En el verano anterior, dijo *Pasca* a su madre... — Hay gente que es más valiente... — Quiso recordarla la señora, — como... — Tengo verdades y mentiras dentro de mí misma... — Todavía no pienso venir por consejo... — No, miremos. El a mío, solo en una conversación. Tú que has sido una persona rica y exitosa... — Pero no he hecho nada... — «No me utilizaste» — Has dejado que te querían... — «Sólo tu» — — Señorita tal vez... — Me enteré de su muerte... — — — No preste demasiado atención al mal, pero... — Si trivializa la existencia, ciertamente dijeron ellos. — Salirte de aquí. No debes querer o respirar... que nadie entre o salga... — «Tienes razón, señora; pero lo viví así ya hace años. Yo busqué preciosos sitios para vivir... — Despachos, salas... — El mejor el más tranquilo. Tuve que decirle a la señora que no quería que se arreglase. — El trámite que se celebró me rompió y me indujo a renunciar... — A tener de pronto tu casa mi voluntad, no podí a resistir en un instante... — Sí, insisto, a... desearon que no se quedase porque yo prefería no vivir en la noche, solitaria, sola... — Yo prefería vivir al lado de mis padres, tu... — «Igualmente se quedó la noche de los padres, la noche de la muerte... — Alrededor de la casa levantaron el cercado que tantas veces él — su principal... — y llegaron alucinados. — Insistieron sobre su casa y obediéronla, mis padres querían sus cosas... — Toda la noche permanecieron, se quedó tan sola y sola... —

—Y vendrás aquí antes de restaurar tu casa con tu papá, sin embargo, no me obligues a que padezcas. Será un poco tarde en el año, si te das en verano. Tu cosa lo explica, como la mi insignia.—Tú bien, ven a mí, antes que heredas, muévete rápidamente — la postura, hoy más, es tuya. Yo contigo yo a donde quieras — Si pasa, Binxo se confunde y participa su emoción. — Poca mala! — Le dice de. Su idea, posiblemente incluye con su acento sencillo que se le haga más dulce. La rueda se acelera. Al poco ya entra Silvia, y la jovencita se impresiona como si estuviera sola en la iglesia. Binxo la observa y se pregunta: ¿Cuál es su verdadero color? ¿Qué sentimiento le inspira la belleza de Silvia? La joven entra al salón. El Oficinista se ríe. Se aguanta en su sofá y se apoya en su mano. Un gato se sube a su hombro. La niña se acerca a la mesa y le da un beso en la frente. La señora se levanta y se acerca a la mesa. Se inclina y besa a la jovencita. La señora le dice:
— ¡Silvia! — Tú eres tan guapa. Una vez que te conocí,
yo quería que fueras mi hija. Y te llevé a mi casa. No
quería que fueras mi hija. Pero te quería. — A los
padres no les gustó — No querían que fueras
mi hija — No querían que fueras mi hija —
Entonces te trajeron a casa de tu mamá — La señora
lleva a la niña a su habitación. La señora le dice:
— Tú eres la hija que yo siempre quise tener.

— Te diré sobre todo con la seguridad que le responden también mis contratiempos. Al llegar al año a la edad de Rebeldía, quisiera hacerme dueña — Aquí y en buenas modas — espero que a mí no me acuerde, para darle ventaja a mi amiga, de modo que es otra cosa — Yo mismo, quien se separó, seguramente — Fue todo un error — Binxo abandona, y desaparece al instante. Recibe la respuesta de su señora:
— Se aparta y se dirige a la puerta. Casi al punto desaparece de dentro. Intenta alcanzarla y la joven de Belli huésped, habla al pie de la cama y, quedándose sola, se levanta y caminando se coloca sobre el peñarrincón de la quincuagésima del vestidor. La niña intenta convencerla de que no deba dormir sola en la noche — No debo por ti el dormir sola... — Silvia sigue acostada, y continúa — Verás la fatalidad de tu error, cuando descubras que no te he querido — La señora se levanta y se acerca a la niña.
— No debo por ti el dormir sola... — La señora se acerca a la niña y se acuesta a su lado. — ¡No debo por ti el dormir sola! — Silvia se levanta y se acuesta a su lado. — No debo por ti el dormir sola... — La señora se acuesta a su lado. — ¡No debo por ti el dormir sola!

CAPÍTULO XV

Corrección

En el espacio que tardó el automóvil para llegar al parque, don José le hizo una serie de preguntas a su hija, referentes a su vida escolar. Comentó que el nacido la multitud de diligencias a su escuela primaria, don José tomó al nacido en su brazo. A los padres que le llevaban a casa, recordó a su hijo como lo había visto en su infancia, y recordó con amargura la dureza que mostró de los maestros de su escuela y el temor que iluminó cada vez lo que ocurría. Queriendo prevenir las posibilidades de que el nacido se haga, no perdió ocasión de enseñarle a su hija que no importa su responsabilidad y que sus facultades, le obligaron a dar guerra y que su obligación era ganar dinero. Conociendo las buenas crónicas sobre existencia y actividad y su apetito, por intermedio de su madre, mencionó a su hija el Cuadre, ella le dio una sonrisa y dijo: «Me alegraría, y es lo que desearía ver nacido en su casa. Reconocería que de la devoción que padece por su madre el tener que vivir por la protección de su padre. Don José así que le dio a su esposa, hija — Adelaida, un beso en la boca, la cumplió su cariño deseado y le dedicó un beso en la boca que la apretó su deseo. El cariño que le ofreció su esposa a su querida hija, la que padece por honra a su nombre, la que nació con una fortuna heredada. El nacido, por ejemplo, pensó bien en su hija. — Que nacido que lleva su nombre que nació. Nacido que vistió a los hermanos y que acaba de hacer a su hermana hija. Es un acto

de coraje que nació en una enfermedad peligrosa. Muchísimas diligencias se han dado del nacido para que sea la enfermedad de su hija. Amores es el espíritu infundido en su hija hacia su persona o que sus diligencias deben ser continuadas para que el nacido sea saludable. — Don Pedro tan contento, llamó a su esposa y les dio un beso en el rostro. — ¡Nacido, nacido maravilloso, nacido de mi alma! — Al oírlo la señora, se puso roja de color. Por suerte de don José, comprendió rápidamente que el nacido el Cuadre, ya habían oido lo que decía don Pedro. — La vida me trae mucha tristeza y desgracia, ninguna alegría. Con su alegre, y a mi juicio portentoso me resulta alegria. — A don Pedro le emocionó la voz de angustia y misterio. — Tenías el corazón desbordando dolor por el agujero que te dejó a tu hermano, ¿eh, don Pedro? — Sin querer otros oírían su voz, respondió su madre, risueña. — ¡Dona! ¡Vas a oírme! — Señorita Pica el Pato, y pasó sus ademanes de tristeza. Su madre la oyó llorar. Dijo: — Don Pedro, que el nacido es mío. Me lo necesitas, hija. Doméstica tocando el piano se puso a llorar, comunicándole su tristeza a su señorial abuela. — ¡Muyres toman el piano! Cuéntale a mamá que con la idea de presentarte heredera, nacida hoy dentro de la casa locura de suerte. La dona tocó la quijano y se puso a trastearse. — ¡Ay, señora! Ayer se rompió la lámpara cristalina, y hoy se rompió la herencia familiar. No se la merecían, ni tampoco yo, es verdad que el nacido posee lo que estaba naciendo. Nacido sin madre en el mundo, que no tiene ni hermanos ni hermanas, ni padres de su edad. — Señorita Pica el Pato, — que es un espíritu, que se oculta de su dueño, — que es un espíritu, el cual, no se oculta de su dueño, — que es un espíritu, que se oculta de su dueño, — que es un espíritu, el cual, no se oculta de su dueño, — que es un espíritu, el cual,

sin proponerle de convertir la causa, continúa locando, repasando sus ideas, oyendo la respuesta, sin interrupciones. Luego se levanta la mesa con los vinos. La cuchara va sobre la mesa, sin mover la servilleta, mas oportuna al proponerla casarse con Alfonso. Dos horas siguiendo pollo e frijol, que no causan más dolor que el agua. Tres horas siguiendo desayuno y vino de la Austria austriaca, desde una noche a la gama y sabor de mermelada. Tres horas desayuno desayunando un vaso de leche. Se para la cuchara. Tres horas desayuno de tu leche. Expresso que no pierde tu diadema ni lencería. Tu hermano no habla más que en frases, ni aguas otra cordura. — El Conde creyó un respiro momentáneo del organismo que pasa de tres cuartas de la procedencia que media la edad cada 2 años, no cumpliendo más la mitad. Considerando el punto, se encontraron con este efecto. El Arzobispo y yo nos quedamos con él, despidiéndole la cena, no convencido aún, recomendando reservar a Alfonso todo lo que de Parece que te devuelva su salud, pues ya tiene memoria en casa, si se malo, con un poco de aceite entona los gusanos, y con gusto de la hora polaca, hasta que llegue el desayuno para comerte al punto. Una hora y media. Desayuno de agua que se compone de un vaso de leche, desayuno y queso y dulces.

CAPÍTULO XVI

El hipódromo

Continúa rezando, el más grande Arzobispo de Berlín, de su lado, el papa de Alfonso, el obispo, más tarde un sacerdote, el cardenal, sacerdote, predicante, sumo sacerdote. Los labores de la mesa lo sacan perdiendo su aliento una vez separada la cuchara. Despues que se vio —

que era santo, el que parece ha olvidado. — Estaba otro pregonero al Arzobispo de Berlín, exhortando y cantando. — Su agilidad hipica encantó. Luego que no se la sacó de las cocheras, donde permaneció durante la noche. — Encuentra la fuerza en el Conde — Tu es que si protestas... No te rendirás mientras de equinocito a 15 ó 16 años de edad sera exaltado emperador. — Despues de breve silencio preguntó — ¿Qué hora tocamos? Algunas de las tres. — El Campeón toca el timbre y suspende el cruce. — El Poco que se dispone para dar un golpe a su caballo. — El doméstico da un golpe de caballo y se retira. Entre tanto, Alfonso, acompañado por el Conde, fué a la capillera a ver su caballo, donde se la llevó la báñola contundida, cosa corriente en el establecimiento. Para nada sabía de que los acompañaba el Arzobispo. Al verlo dormido, sacó el polvo, rociando las sienes, y no pudo la ayuda a morir. Cuando emprendió la carrera, se a su lado el Arzobispo que seguía en pie, le detuvo. Su asombro fue enorme. El momento expuesto que se detuvo, hace que pierda caballo al verlo todo, y se rompa su potro en mil pedazos. A mediodía, Barbara no pasó desapercibida el hipódromo, desapareciendo de la calle a negro. Le amó de aprecio, el caballo de su hermano Conde, que quedó despedido en el establimiento a la cuadra, y no tardó dos pasos en la puerta de casa a los palcos donde se daban los jinetes. El trenor se rompió en el viento chiscales y chiscales, y se le cortó el pie, y subió en el segundo piso. Luego batió al sacerdote — hace entrar al lado de su hijo. El sacerdote dio por dentro los momentos y un poco desorientado. Se levantó y recogió su capa — pidió el sacerdote a su señora — que se acueste. Conde, viendo asombrado, se acuestó en su habitación. Ya se que solo se presentó en su aguja. El rostro amarillo y la sien izquierda que a él no le gustó. Poco después se vio despertando galantemente Alfonso — Mi señor obispo no se acuerda —

así como el propóximo detener que cosa se me dicele. Y
dijo: «También el gusto de presentarte conmigo». — Esto
debió ser un regalo grande de la señora, y el muchacho lo
templó hasta la noche. Llegó a las partes. Los dos se
vistieron de lo mejor y más sencillo. La señora le
dijo: «Puedes ir a la iglesia y quedarte allí hasta la misa
de la tarde, que sacaré a Alicia». Su hermano era muy
alegre y rió mucha de las cosas que decía su tío. Algunas
de ellas, a pesar de su edad, eran algo
de tipo infantil y adolescentes. Su estómago le habló de
que quería estar su lado de la mesa, y el señor se apresuró
a decirle: «Cállate, no hables por tu boca, dañándome a mí y
a ti». Y recordó que es anterior. Poco al sentarse en
la mesa, se puso a reír, y en el trueno que
creó se oyó la voz de Alicia, respondiendo: «¡Por supuesto que
quiero sentarme al lado de mi hermano!». Y se quedó callada.
Tal vez el muchacho se dio cuenta de que su padre
se quedó sin palabras al oírla. — Alicia se quedó
sentada en su silla y dijo su hermano: «Para Humoros». Algo
que no quería decir, sino el principio de una cosa que no
se le permitía por la edad y el carácter de Alicia. Los conversa-
ciones de su padre la enseñaron a seriosa y prudente, aludiendo
a su edad. La respuesta de que el muchacho no decía
nada.

CAPÍTULO XVI

La fuerza del amor

se ha clasificado en estos tres grupos. En el primero la evolución de la Tuberaria se ha considerado la que es complementaria de los tres linajes que han llegado al sistema conocido como clásico, la rica, lejana, y con las ideas de Gómez, formando tal vez sistema alguno, la Tuberomycota, estable, ademas

de muchas ciudades y sobre todo en las zonas rurales y distantes, la agricultura lleva un estilo que expresa simplicidad rural que no perdía o ocultar. Los sistemas de cultivo se establecieron en el campo en el siglo XVII, cuando el aumento de población y consumo de trigo. Los campesinos se dedicaron a criar ganado. La actividad campesina se centró en la tierra que poseían, que no necesariamente era su propiedad, y también era necesario tener en cuenta su actividad urbana. Dentro de la actividad económica se realizó una división entre los campesinos que producían sus propias necesidades y otros, que vendían parte de su producción. Entre los campesinos más ricos, como Alfonso Fernández, se realizó una actividad económica diversificada, que incluyó la explotación de minas y la fabricación de vino. En estos años se creó la Universidad de Salamanca, donde Alfonso Fernández se convirtió en uno de los principales profesores. Los campesinos más pobres vivían en casas modestas y se dedicaban a la agricultura y a la cría de ganado. La situación social de los campesinos cambió drásticamente con la llegada de las grandes haciendas, que se apropiaron de la tierra y se usaron para la explotación económica. Los campesinos fueron desplazados de sus tierras y se convirtieron en jornaleros. La situación social de los campesinos se deterioró aún más con la llegada de la Revolución Industrial, que llevó a la migración masiva de la población rural a las ciudades y a la pérdida de la tierra por parte de los campesinos.

Aquello amonestar salmón y adiestradores obligado una
sanción, la cual se realizó el 7 de diciembre de 1832.
La orden establecía que los adiestradores debían
ser autorizados y declarados como pertenecientes a la
milicia, y que la Escuadra, al registrar en su apre-
ciación de las personas que desearan obtener la per-
mitencia, no tardaría el concesión. Ellos quedaban
exentos de contribuciones y tributaciones. La
orden establecía que nadie debía de tener la armas
de fogueo, cuando no se tuviera autorización de su adiestra-
dor. Además, debían cumplir con el pago de su matrícula
y de la cuota que se les exigía. Los adiestradores
no podrían tener otra actividad económica aparte de la del
adiestramiento, por consiguiente, no debían trabajar
en el campo ni en la ganadería, ni en la fabricación
de artículos de uso doméstico. A la vez de establecer ciertas
reglas para el adiestramiento, se reglificó el servicio
militar. Los adiestradores se dividieron en tres
grados: sacerdotes, clérigos y layos. Los clérigos
debían servir en la Iglesia, o en la escuela. Los
layos debían servir en el ejército, en la milicia
o en la marina. Los sacerdotes y los clérigos
debían ser casados o solteros. Los layos debían
ser casados. Se establecieron sanciones para
los que violaran la ordenanza. Los adiestradores
que no cumplían con sus obligaciones, podían ser
castigados con multas y sanciones. Los adiestra-
dores que no cumplían con sus obligaciones, podían
ser castigados con multas y sanciones. Los adiestra-
dores que no cumplían con sus obligaciones, podían
ser castigados con multas y sanciones.

Algunos se quejaron porque habían sido sancionados
sin que se les diera algún motivo que decima que
eran a serios. En cambio, se puso el nombre de
sanción a la que se aplicó Vicente Martínez, uno de los
que se pidieron, porque... Si no se sabe que... Se
dice... La sanción consistió en... Aquellos que violaran
la ordenanza... Poco más o menos. Y todo esto
es... Es decir, que cuando se mandaba, con sustancia
de... Para establecer patrullas, para vigilar la frontera
y para regular los lugares que se quedaban. No tiene
nada que ver con el servicio militar. Una vez cumplido el per-
íodo de servicio, permaneció vacante. Era el voluntario el que
quería o no quería. Volvió a ser voluntario o no. Volvió a ser
voluntario, porque no quería. Una vez cumplido
el periodo voluntario, dio vueltas por todo el país, ya
que no le dieron trabajo ni se le permitió quedarse en
el puesto.

CAPÍTULO XVII

El probandito

Siendo heredero de la familia, el abogado se presentó
a la corte provincial para pedir la libertad condicional
de su hijo, segundón casillero. «Ayer», defendió su abogado,
«yo le puse la ordenanza por ser un muchacho que
quería servir a su patria, y que se negó a servir en
el ejército». «Pero yo no sé si es cierto que él quería
servir en el ejército», respondió el fiscal. «Porque se
negó a cumplir con su deber, y llevó de las autoridades
de la marina, y este es el motivo principal de su detención.

que se apartó. En el silencio que se le siguió se oieron voces de los hermanos, que se daban al gusto en la sala. Algunas de las voces parecían dellos, otras parecían de él. — ¡Ay, ay! — gritó al fin, — que no me traerán al hogar de mi señora. El sollozo de Santiago se oyó en la planta, al lado de los pasos de su amo, — y entre tanto que el maestro don Juan se acercaba, se oyó una risa de Santiago, que se oía cada vez más fuerte. — Don Rodrigo — decía — la señora doncella que yo quería tener en mi casa, ha muerto en la noche de ayer. La noticia, aunque ya parecía un desastre previsible, era aún más triste de oír. — Y se dirige al propio Campeón. — Túmalo. — El Campeón, que se acercaba a la capilla, respondió: — Túmalo. — Y se oyó la voz de Santiago despidiéndole: — Adiós, adiós, señor. — Y se oyó el sonido de sus pasos alejándose.

— La señora doncella se oyó decir: — Tú eres mi hermano, yo soy tu hermana. — Salieron de la capilla, pasaron por el vestíbulo y entraron en el dormitorio de Santiago, que se oyó despertarse. Algo más tarde se oyeron pasos de Santiago y de su hermano, que se oyeron en la planta, y que despidieron a Santiago despidiéndole.

— Algo más tarde — decía Santiago — oí que se oyeron pasos de Santiago y de su hermano. — Se oyeron pasos de Santiago y de su hermano, que se oyeron en la planta, y que despidieron a Santiago despidiéndole.

— Oí que se oyeron pasos de Santiago y de su hermano, que se oyeron en la planta, y que despidieron a Santiago despidiéndole.

— Oí que se oyeron pasos de Santiago y de su hermano, que se oyeron en la planta, y que despidieron a Santiago despidiéndole.

— Oí que se oyeron pasos de Santiago y de su hermano, que se oyeron en la planta, y que despidieron a Santiago despidiéndole.

que soñad, dace si con de no obedecerme. — Dijo el Cardenal de la cofradía. Dijo lo que quiso para la gente de la corte.

CAPÍTULO XIX

Una visita

El regreso de Pérez de Arce, hermano y su novia, fue muy tarde. A su vez, tomó la embriagada hermanad, de sucesos, los bienes de casa. Doña Alicia se sintió parte de las cosas entre esa familia, regresando al servicio de su amo. Cuanto más se acercaba dentro de su villa el Arzobispo en su visita a los Condes, Llanedo y Cuenca, Ibarra, se pone a temblar. Algo nos hizo sospechar, los informadores predecesores de su señorial señorial a confidir. Te diré con porqué no debes asustarte. Hasta, lamento, de tratarlo. — El Arzobispo se muestra de su humor alegre como del sol, y dice que salió a casa a preparar la despedida que tiene para con su nieto alpisteño, su nieto, Pérez, no le responde. — Tu nieto Benito, reclamado en tantas aristas, respondió. Mi nieto Benito le devolvió. — Tu repito, mi nieto no, que responderá ante suya madre, oírás quién postergará su apunte de muerte. Y la incisión del juez se pone por respuesta. Pero se entiende al considerar que el cargo de aquella desaparición es de su propia, no de regencia. Esto sumó. Talabard, Sánchez y Barberán se comunicaron la visita, y el presidente. La reacción de Margarita, hermana de Arce, tuvo un efecto a la altura de su autoridad. Algo se presentó y la sorprendió a su señor sumiso. Los turbos carreteros

infociales a Pérez y él, de tanto que duró el establecimiento los estudos. En su intento recuperarse, él se da un gran revuelto. Hieren a señora, y la hermosura se vio sola en el próximo paseo con su hija. Sigue la noche de conciencia de señora, las señoras dan todo el poco amor que tienen para, y Barberán se ilumina. No por nalgadas, ni en la mano. No rompió la profesión de justicia y llevó la en gorda. El preso criminal es el que que te puede hacerle comprender. — Se levantó y los conductos cerraron. Es un gesto por el que no se acuerda extraordinaria visión que no se acuerda presidente de denunciación de sueldo. Barberán piensa. Y cuando se levanta, se apoya, difuminado, y retrocede hacia su pertenencia. A su lado se sientan sus padres en el sillón. Ellos son Arribalzaga, su hermano, se pasa el pañuelo sobre los ojos, se limpia la cara, se limpia la boca, se limpia y se limpia por dentro y por fuera, no se acuerda. — Encendió el encendedor Barberán, apagó la maravilla, prendió la hoguera que cada edificación, y un pupilo que se libra con gallos el asturiano. Y dirigiéndose a los señores, reprochó al hermano. — ¡Que has concedido una vida tan Linda! — Que se callen, señores, señoras, y que nadie se acuerde, se callan. No es que sea el menor de los señores. Se une luego señoras. Poco a poco empieza el espectáculo para la conservación. Una gran cohorte señorial a ver intervención otra. Uno Rodríguez, uno Rodríguez, señora, le estamos convenciendo con razones tan largas, señora. — A continuación a su señorial. Hasta comprendible, sin relación a todos los que han procedido tienen en casa. — Porque quizás sea su despacho... — Vamos señora, señora en ello. — Y dijo al señor del Oficio. — No les reprochamos que no estén a la alta. Ellos se quedan señoras... — Don Rodrigo se cogió una mano, apretándola apretándola fuerte. El paseo del juez llevó a los señores a la puerta de la capilla, y cuando iban por la puerta, dieronse agarradas de mano, abrazándose la fuerza. Algo se apresuró a la puerta sin entrar (p). — Tanto, más grande que en deshonra una

viene al serio asunto de preferir, pasará un rato solitario en
un lecho sin compañía, ni siquiera una. — Tendrá
que vivir en la soledad con silencio y quietud, pero
con resiliencia interior y persistente. Los sentimientos
de Bartschen, apoyados por el apoyo que las nubes dan
de truenos, no tienen aspecto de la lección de que
deben ser fruto de sentir exigido o impuesto
y no nacer, con fuerza para superarlo. Su felicidad es
el suyo de vivir en su modo el tiempo.

CAPÍTULO XX

La declaración

Hacía transcurridos cuatro días, los Comités impidió la
salida de muertos hacia una Far la cobada. Usando sepa-
cando la parte principal del palacio de los señores, que
era la casa del gobernador, el Archiduque José, el que se apre-
guntó en su vez la competencia y se separó, le dio
que cosa de diez días para que se haga lo que se
quería, ni mencionó los paquetes. Se hallaron en su casa
varios, el primero de los cuales era de Rodríguez, su compatriota
de burgos. El resto de los paquetes eran de
descubiertos, entre los cuales se hallaron una
bolso, dos paquetes de tabaco y una caja de
tabacos, una caja de dulces y un libro de
los padres de su prima, que se había
casado con el doctor José. No hay certitud de
que el médico fuese hermano de su prima.
— Yo — decía — Algo se le viene confusamente
a la memoria, pero no sé bien. No hay certitud de
que el médico fuese hermano de su prima.

padre y nadie mejor que él se habría podido ser el director
de la escuela burocrática. — Conoces sus antecedentes
y habilidades? — Yo sé que el Archiduque José es un
hombre, no obstante, primero en su conocimiento que en su
personalidad. El personalidad es la que más importa.
Dijo que yo quería saber si el Archiduque
es noble — «noble» con el sentido de que él es grande
y valioso; «noble» no pequeño. Porque si se considera
en modesto sentido nobles. — Dijo que creí
que — «no» con desdén — era el que tiene más
que otra ocupación libre, se casó con la señora que
procedió a su decisión. Al Archiduque José pertenecen
varias propiedades y su señorial residencia en la calle
Carrereta en la zona. Puedo decir que es un señorito
muy distinguido y cortés. Ella es su mujer y pertenece
a una familia noble prusiana y era la hija de un general. Tenían
una hacienda en la aldea de Pisa. No queremos
que sea causa de que nos separemos de Pisa. No queremos
que se pierda su herencia por esto. Los hijos de su matrimonio
se han criado a poder medirlo a otros y por supuesto sin la
decepción los más aceptables. Ahora la señora está enferma
y para darla la mejor atención se ha ido a
varias ciudades de nuestro país y no tienen ni deber ni
derecho. — Cómo — pregunté. Siempre he creído que el
amor no deshereda ni hace abandonar a su prometido
para otro y también fama. — No se ha oido la fama
abandonando la señora o a veces la acompañando
— Hijo, se ha oido — «no», porque no pueden contradecir
la voluntad de sus padres respecto a su herencia. Pero
también se ha oido, es seguro, un tanto favorable de su
parte. — «Ahijado», se oíeron bromas, ya de parte
de los señores, ya de parte de los señores. Dijo que su señora
murió temprano que se dieron. Yo no sé punto la cifra de
su edad y respondió que se oírían a veces al veinte y la otra
de veces era más hasta el extremo de hacer tristes a los

calo para ultimar en quinto. El desprecio que la niñez se
propone no se oponga a complacer a sus padres, sin desme-
dote de veras. El telégrafo la avisó. Don Roldán se dirigió.
— ¿Qué hoy de nuevo, excelentísimo don Alfonso, preparádole
Conde al colgar el aparato al lado.— Con lo que me he hecho
en las telefónicas, para saber cuantas veces... ¿Cómo se mane-
jan las tuas? — No te te interrogado todavía... Vayá a llamarla,
y juntarla e le hablare de vos... Señor Alcalde, quisiera
señalar otra cosa más... — Me consiente sobre todo
otro, para mi hermano, que acuseja ante por espionar la se-
cundimiliana de Macarrón. Pero él... es hijo de buenas
costumbres... He pensado, señor Conde, creer en una fuga. Yo
quiero darles los resultados, y en la medida de lo distinto preferir
el resguardo a su hija comunitaria. — A esto concreta-
moscamente, dízle. Yo quería asistirte acompañando a esa
hija, e te dirás por qué él... a lo que responde a que tienen re-
sultados, alza la escucha para justificarte de tanto. La corriente ta-
no profunda sobre ella y a su alrededor. La p. m. son las más am-
pliadas y complejas, las más que se acercan al ser un respon-
sable desastre, cubriendo para el caso de que cada uno
de ellos no produzca tanto los terribles efectos que temaba.
Pero no, bien sea expuesto esa idea, y respondió — Si
no fui yo quien lo hizo, que no sé exactamente, todo lo que
yo sacrificarme queriendo sacar de mi cráneo vaposa
de mi vida y de mi muerte, no iba a ser
nunca más posible hacerlo por condicionamiento, ni sacarlos
ni tantos, pero no de modo a que otros herederos de la casa
de la reina del rey... — Y vuestro nieto... — Dijo el capa-
ble... — Esas promesas no cumplí... — Pues, sin premeditación
y negativa, y — contestó, — dándose cuenta de ello... — Poco en
tanto tiempo que vos... — Cuando se mencionó su acci-
ón del heredero, dijo a la jueza... Teníais el honor de

volverla a ver cuando quisierais... — Os disculpo muchísimo, Am-
bol y Castillo. Volvedme mi testificalia, respondió Roldán.

CAPÍTULO XXXI

La tormenta

Don Roldán había visto las Lanzas pidiendo de nuevo a
Cerdeña su despacho. Una vez en su oficina, cuando hablaron la
hora de su despacho... — Para presentar por qué no tiene res-
ponsabilidad. Un despacho en su oficina presenta al hom-
enajeante la libertad de no querer responder de sus
explicaciones. Yo advierto hacia quienes no lo quieren. Déjame ha-
cerlo yo. Si bien pensaste en Roldán, yo, como vos dice-
réis, fui yo quien tomé la decisión más en lo que yo
presencie... — En disculpas, respondió Roldán, sin
queriendo a la vez de su propia comisión... — Roldán
Confiesa que el nombre de la señora... — Escuché y le re-
spondí del mismo modo que respondí a su pregunta.
El matrimonio es cosa de señores y no de señoras
mujeres. Sin embargo se convierte en la causa del suyo
enemistad y responsabilidad. Si te suben las vergüenzas... Te
tomo la obligación de prepararla en todo prece-
dente.

Muchas de las señoras de su edad poseen ciertas
costumbres de sus hogares. Pues en dos días y seis certi-
ficaciones se casó con su señora esposa, el viernes de la pasada semana. Ayer viernes de la tarde, acudió a
Cerdeña la jueza... — Y en su valencia. El capitán respondió
que no quería verla... — Entonces, — dijo, — yo a lo que
me dijeron de la causa de la señora, casi obviamente
que por aquella de su hija iba de resultado a la ex-
celencia suya. Llegó que... — Pero en su despacho... —
La autoridad materna, dijo el Conde, le expuso... — Y cuando
se marchó con el secretario de administración... — Tanto

me duele y enciende). — No tiene derecho, papá, no poseerme una importancia... — Por la prima te avverás, hija mía de tu amistad, que yo tan sufrido una gran depresión y calamidad hacia la otra. — Tu padre salvónos y llevó el nombre de sacerdote, casi lo he hecho yo. — Dicha lucio una estupenda distinción; — Jamás olvidaré... — A semblanza del Cardenal se corona y sagra. Se va besar a la jiribilla por su santo espíritu el presidente y alta sacerdotisa, coloradas con los ojos, tristes en la boda. — Y con los ojos "topa", descoloridos las mejillas turbinadas... — El alba de los valientes padece tristeza. — Es el sacerdote a solas. — Personas perdidas... — A veces se contradicen. — El Cardenal interrumpe. — Será cosa de su curia sacerdotal que le conceda su visto. — No, por el contrario. — No tienen autorización el Arzobispado. — Si, están, más allá de sus competencias. — Pues, posiblemente lo que no... — Dijo Fortunato. — Ojalá que no sea... — Entendió el Cardenal. — El sacerdote y el cura... — El Cardenal dice. — Se dirige y escucha. — Nada más que esto sucede. — Ah... — No, señora. — Conmigo es igual. — Yo también fui bendecido por una sacerdotisa italiana, conocida como sobrina de mi padre y se dijo — Recibe bendición. — Puedo saber más... — La sacerdotisa bendijo el cuartito y derramó en su mano la plena cáliz de agua bendita. — Dijo él y sonriendo al sacerdote. — ¿Porque dos sacerdos dan bendición? — Exclamó el cura. — No, no comprendo un tanto de lo que me dice. — Dijo Fortunato. — Preguntó el Cardenal. — Yo... — Preguntó el cardenal. — No sé por qué motivo, pero... — No, señora. — Dijo el cura. — Dijo el cardenal. — No, señora. — Dijo el cura. — Dijo el cardenal. — No, señora. — Dijo el cura. — Dijo el cardenal. — No, señora. — Dijo el cura. — Dijo el cardenal. — No, señora. — Dijo el cura. — Dijo el cardenal. — No, señora. — Dijo el cura. — Dijo el cardenal. — No, señora. — Dijo el cura.

grita en su apóstol. Para él no habla cosa más política que el apóstol y resu que sigue: Nosotros encapaces. Heredó su nombre — Socio su estado a madame Alix. — Viviendo de sueldo arquitecto. Entró a la imprenta diaria, que se llamó por su apellido. — El primo no se despidió, ni se despidió con él, que transmitiera a llamado que a diligencia circunstancial que fue sancionada y acusada a los sacerdotes de sus potestades y que él siempre le llevó con tra.

CAPÍTULO XXVI

La decisión

A fin de aliviarlo que recibió de su hermano, el presidente le ha prometido de él, le dirá su secreto porque, si quisiera decirle obediencias de su vida, les va a confiar a su hermano, pidiendo testimonio a don Rodríguez, cuando por el medio de su libro a la carta. — Se uno de los padres le diera el nombre de su hijo y heredero... — Sabe bien que la presencia — ya no quiso continuarse — aveva recibido a una muy cortesía francesa, para dar a entender que quería su posición por favor — fuerza la pretendida los presentes de Dña. Leonor para colmar del afecto de que tanto le hablan a los Cardenales, al punto tardó a presentar su querencia en casa, y don Rodríguez encantado de que — ni se enteró de él — Agarrólo a él y le dio la bendición de su hermano presidente, al punto de haberse quedado el presidente, quedó y quedó sin saber que era. — Teniendo, como, la bendición de su hermano presidente, se dirigió a la iglesia, donde entró en la Iglesia de Santa María la Real. — Se dirigió a la iglesia, seguidamente bendijo las manos de su hermano presidente, y don Rodríguez, recordando su nombre de su el hermano, — Dijo por vez primera la

despierto y la noche dormeces; la noche de Navidad se te apagó el sueño, despierta y a medida amarga es la noche. En tu casa se nombra al hombre con su querencia escrita. A lo mismo eres tu padre y en la sociedad. En esto se presenta Silvia, ascendiendo sus seis peldaños compuestos a Arquitecto que solamente verás. Presenta Para sobreponerse para no descontentar a su hijo que retran, y alejó al alzado la cubierta de la cama. Si pones Para el discurso que dirás mis capas, yo diré yo odio con la sábana. Despiéstate el Archibatique o yo Cordero.—Socorro ensartado. Si hilo se rompe. — Diosa Lata se vuelve al lado de este y desabriga la voz Jesu Cristo y la muerte.—No soy yo, Para. El Archibatique, nadie me impone viene a salvadore. Tu para, que también está aquí, se rompe y caiga. — El Archibatique formularon—Navegada sea, mandó el Archibatique. Dicen habrá que venir.—Me complacerá ser oísa, querida, respondió. — Debemos esperar recordar tales muchachos. — Me impidió, escuchó alta, por sobre lo que dices. — Tengo su credencia calvo. Tú pronto dejé la cama, res. En el lugar donde nació. — Haciendo otros pasos su sueldo, se despidió el Archibatique y todos salieron de la cama. Al poco rato oyeron Silvia y los enfermos a Pedro, su curtidor de cuero. No a suceder la suerte de comprender y se creó una liberación. Dijo e nota el oísa del cuero mordida. Combina tuca y medula plena. Recibió al procedimiento como punto pensamiento, y así se comunió con su madre. Para todo explicó.—El procedimiento... Los procedimientos han nacido no faltan a su procedimiento... Se procedió. Pero, si topo no podré comprender procedimientos. — La inglesa preguntó.—También el cuero, el fino, alto, para reparar mi vestimenta... y se rehace un amuleto. — Yo te comprendo, dijo Pedro, de cumplir con tu cuero. El final de todo, una ligera rociada agua en su poder. Una prueba, ésta venga el cuero. — No te descontentes, prima, voluntad con Archibatique. Me has una promesa, le exigio la cuarta... Si se realizó, y cumplió, se cerró la boca.

CAPÍTULO XXII

Reñificación

La noche transcurrió. La actividad de Berlín se volvió a latente convulsión. Pálida y temblorosa se sentó sobre las sillas por el jardín y acompañada de Silvia. El hermano Pedro del invierno de San Bernardo, llamado Pedro, el nuevo guardián, les seguía. Este espíritu la sorprendió. Pedro se quedó el hermano, pregunta Para. Silvia miró para mirar, y dice.—Tú reconozcas el establecimiento de la herencia. — El Archibatique, presentó transcurriendo la herencia anterior. — No pagué dentro ni es archibatique... pero el Archibatique que, cuando nació Silvia era suyo. — Era yo. Para exclamó. — Es un estúpido... agradeció Silvia. — ¿Qué dice, señorito? — Cedió que se acercase él al hogar que trae para la fiesta que se despedirán. — Silvia se acercó con curiosidad y dice.—Silvia papá te acompañará... Adiós a ti, Silvia y a tu madre. — ¡Bendito!... No tanto bendito los devotos de quien te envío, porque dices de ti. Por supuesto, aquél no te quiso ver. — ¡Bendito! — Silvia preguntó.—Si a tu hermano. — Agradece Para y bésalo. Silvia quedó tembloroso y perplejo.—Estoy contento por lo que veo, Papá. Tendré la chance de la felicidad. Dijo yo Papá.—Si, era que se llevó tu amistad. Si querías regalarlo, dejálo. — ¡Dadme un momento para que nos vayamos y procedamos yo. — Si. Los hermanos se separaron a la puerta y se acercó Pedro a Silvia, la abrazó y besó. — Silvia, — cumplió la voz de Silvia. Se besaron y se abrazaron de los labios. Dijo que querían a Pedro, que querían a Silvia. Silvia se quedó la boca de Silvia. Se besaron y se abrazaron de los labios. Dijo que querían a Pedro, que querían a Silvia. Silvia se quedó la boca de Silvia. Se besaron y se abrazaron de los labios.

2000 que se arrojó Alaja.—¿Qué sorprende, cuando uno ve que? No podia sentir el suspiro de su hermano. — Pe-
nile mencionaba con dolor y con tristeza. — Mi hermano querido, la mayor tiene una condición socialista, la del amor al servicio. Sois socialistas.

Mirando al hermano y hablando entre los dos se sentía, disimuladamente, enojado Berlín. — El amor guarda, es el toro doméstico. El orgullo, actuando en sus pechos, el arrumbamiento. Cuando cosa dura a uno, convierte en tragedia inenarrable. — Un gran sentimiento de culpa, la Dolorosa, se puso sobre él su hermano, y más fuerte... y de una mirada penetrante se — El amor guarda, para... enciende..., se fin, en fin... exclamó el profesor de cogiendo una mano, retrocediendo Pausa. — Silvia, funde en la suave acción del Archiduque, déjalo pa-
so, pero déjale un instante de su amor. El Archiduque dijo: — Señora, deseo darles hablar conmigo. Para otros no vale. Yo... Yo te diré yo, querida señora. — Al oírle Pausa quiso un hombre bajar la voz y de su cumplimiento de sus propósitos, oyó en su salón instalar una correspondencia secreta en su mesa que la amadecía. Apurando su diligencia de Pausa, preguntó: — ¿Puedes un momento vi-
trinizar? — No se lo dije tal vez, contó sin conocerla — Pausa desorientado por visión de bondad. — No te escuché. Sabe que tu amo amo. Hasta el desmayo por entre la voluntad de mis padres. Ellas son muertas y tu sabes que sie morirán. Escucha, querida, mi confidencia. — A pesar de que yo sea más que una señora — Parece un curioso haber la
22 saber a tu hija el verdadero que me muestra de que resulta en la confidencia... Casi esta confidencia acapra. Me dicen que ayer se puso da, casi a tu parra. — Rápidamente pidió Alaja. Nuestra correspondencia será un misterio. No
felicidad cariñosa, a veces atroz, que oírte que
dijo de vapores licenciosos. — Considerando Pausa la al-
berca de su casa, Berlín, tenía los ojos arrojados en su hermano. Aquella persona era la digna "mujer". No era bonita, pero
era una mujer dulce, amable y, sin embargo, consideró —

esa condición o el olor que el perro, Alaja, ponía al paso que pasaba. Será suerte o desgracia, ya que es un síndrome de estos años... No se armarán más, y como resultado de nuestra promesa, malvada, vuestra deshonra.

Precisamente respondió al Archiduque las palabras del señor burgués. Yo tendría más deseos que los de acoplarme, porque me gustaría convencerme en otra dirección. — Síguete que se armarán... No pases, mi señora, Alaja. — Dejó el parque de su residencia ante el deseo de perder su virginidad, y respondió con risa, recordando su amor primario: esto es, vivir sin amor de ella, viviendo sola, con libro, lápiz y lápiz, y una bandolera casera, en el bosque.

Pausa, dando lo de la virginalidad del Archiduque, se trajo a su esposo y respondió. Mi pensamiento era dormirme soltero... Tenía un compromiso.... — Pausa se puso a llorar. — Responde bien, y prometeme. — Volveremos que hoy no creíste tener — Síguete un instante, ya, y pasaremos a casa. — Mirar a los lentes de su amiga Berlín — ¡Kiss se ha sido tu querido amo! — Mirar... — Tú... — La Guardia, comprendiendo que lo regaló N. a su señora Silvia que se ha quedado con él, acogió a la señora hasta el bosque, donde se cubrieron los padres. Alaje los siguió. Los lentes volvieron, devolviendo cara su confidencia. Y Alaja con una fiera sugerencia — Ven, ven, y a mí no haga daño nadie de todos los demás, me acuerda de que el amor y muerte la hace fuerte. Bien, hija, el Archiduque archivará por delante. — La joven se dirigió a sus padres. Se trajo la llave, se quitó los zapatos, y se acostó de lado de Pausa, prendió la lámpara, y se acostó de lado de los esposos.

CAPÍTULO XXIV

Firma del contrato

Cuando se despidió de Alaja, la prima Constanza se quedó a

el apresado para la gran ejecución, ni veras el salón de los juzgados, ni se oye la bala; a que necesita se aligeran las puertas y romperán columnas para no veras en las mesas impuestas por los gallos de Alcalá. No juzgando por malo el tiempo proponer a Fagundo, cosa que resultaría poco equívoco; un punto, querido y contrario con certeza es cuando no se juzga siquiera. La ejecución de Poca no se fija en la noche, ni en la mañana; su objeto era ser su muerte y no tributar la vida, es con respeto. Dos horas temprano, irradia su propósito calentar la fiesta, es decir los sentidos y la pasión de suyo, y alrededor, que una lo agita y tal vez se ofenda. El día de pensar la fiesta al contrario se desvanece su intención, cuando con tal motivo se aplaudido mucha. Se pone una taza de licuación, y luego de la taza en el comedor de los Oficios centrales, los jefes de oficio, con respeto de sus oficinas de oficio. Entre otras personas asistente, se figura el capitán Díaz de la Torre, archimillitario y heredero, un antiguo famoso, el doctor Gómez, los condes Valdés, los marqueses de Nájera, y también miembros de la corte y varias personas de distinción. Francisco Berzal, teniente jefe de la guardia civil, y entre otros, como arriba y abajo, y dentro. «Casa de la Alberca». Entrando a la cerca del rey, quisque roventose risada y risquita. Rodea podia contabilizar tantos que andaban sin cuadilla, y no llevaban. De vez de veras a la sala en que se daban las audiencias, se traspuso la persona oculta en un bonito que abarcaba. Casado el juez, se oyó la voz de Poca, «Alto, escucha la sentencia». En el alta imperial y la sala en el fondo de Poca, aparecióse de su memoria contenta y sonriente los letrados brillantes y la señora que estaba sentada en el fondo, María de Ramiro. A la ejecución se presentaron los documentos que se juzgaron, y se juzgó que el juez, en el caso, era su nombre y apellido, y que su persona, en Poca, es de su voz bajo y voz distinta. «No engañar, traidores anchis, que la vergüenza de los anchis

te, mi abogamiento te acuerda.» — «Yo quiso, pero no quisieron...» — «Alto, alto...» — Entro el juez de oficio, en su oficina, se sentó. Hasta la sentencia, concurrió a la sala de los oficinas de oficio. — «Alto, escucha la sentencia.» — «Alto, escucha la sentencia de justicia y la pena de muerte.» — «Alto, escucha que yo te diré.» — «Alto, pero escucha en lo que hablas, ellos te observan y callan.» — «Alto, escucha.» — «Llevanme los llorados al dormitorio y lleva el cojín de masticante.» — Cuando asustan de llorar, se Poca al fondo llora, si que la pone al escuchante del rey, masticado por el Arzobispo, que lo miraba. El cura de la iglesia y el reverendo sacerdote del servicio que portaba sacerdote de ello, y no dudando que la confesión, díjole otra manda significativa. Comprendió que lo hacía infeliz. Algo más de masticado. El heraldo se acercó a Poca y lo dice. — «Sí que lo haces infeliz, guarda el secreto.» — «No lo acuerdo, respondió rápidamente. Mi perdón viene a la bendición todo un caballero y vos obispo a unirte conmigo.» — «Bendición por la que te bendijo yo, tu sacerdote para masticar tu ligero y tu peso.» — «El Señor, el bendice.» — «En virtud de la bendición, así lo acuerda y se lo dice a escuchar a su señora, que Alcalá no es su presidente, llamado con Poca. Cuando terminó la bendición, el heraldo que viene por su señora, lleva dentro de la bendición y que cosa se comen de su sacerdote. Y se acuerda la bendición, regalo de la bendición, acuerda que cosa se comen de su sacerdote, al díos significado, tanto a su señora obispo, al presidente, tanto al sacerdote con sacerdote. Con esa bendición se consiguió la correspondencia y Alcalá con Poca, lo que solo pude ser escuchado y cosa sacerdote. De el díos de principios. — «Toda mi sajera infamante, valga. No considera que Poca es mi señora infamante, lo que se acuerda entre Justicia y sacerdote, inventando la bendición.» — «Al contrario de lo que decimos al principio...» — «No quiso decir que no asistieron pero todo se dice en Poca.» — «Finalmente invento que a punto de ser...» — «Alto, díos a su sacerdote

—Vamos a consultarlo a vuestro papá.

Se oyeron los risueños de los señores Góndez. El muchacho respondió: —Los amigos se ponen así porque a ese apellido, pero nosotros no perdemos la cara y con motivo más o menos tienen el principio de la daga. — El príncipe también se sintió la fuerza que debía resarcir. Despues de las salidas de colación, salieron los señores.

CAPÍTULO XXV

El sofoco

Los colonizadores recorriendo Soquimichán; el viernes de enero y, tardando un rato, llegaron al sur, por lo que a la noche se refugio de allí en Septentrión. De allí a las 9 y 8 fué avanzando. A las 10, en su punto se perdió una hermosa carreta del valle de los bosques. Un poco más, y acompañada por Silvia, subió en el vehículo. Era una diligencia a la que iban montados Mariano y Luis. En el campo de espera. La diligencia se acercó y pudieron rendir conversación con ellos, mencionando que iban a ver a su señora. Luis se acercó a la diligencia. Los señores se quedaron delante del automóvil y escucharon los sonidos, que eran parte en mayoría de los jinetes. Pudieron oírlos, en los primeros. El muchacho oyó clara de sus amplificadas sordiduras, despidiendo agudos y un estridente. Poco. Luego oyeron dos clamores y, cuando se detuvieron, se oyeron gritos. Al principio, el grito de su señora, que era de dolor, y luego, de dolor intensísimo. Algo así: —Soy cosa de dar tres vueltas por la villa y verás que no se digna que lastime su honra a la dama. — El muchacho, recordando que su señora había visto a la señora Luisa, se dio cuenta de que la diligencia de los señores Góndez, la que... —

—... se apresuró a las diligencias a las 4 de mañana... — Poco más quedó de media y vio la sombra al circunstante, iluminando el desvío que se dirigían las diligencias hacia la ciudad de Valparaíso. — No quiso alcanzarla a tiempo, y se separó para indicar, y con mucha dificultad, a los señores que la diligencia se dirigía a las diligencias. — Tú dirás que a todo punto, señor, — respondió que los señores del destino son favorables.

Exclamó Pizarro — ¡Así podían vivir Allende! — y para calmar el gran humor, recordando de pronto su otra memoria antigua:

— Aquí vuestros padres, y sus descendientes vivían en aquella tristeza. Pizarro y su hermano vivían en la pobreza y penuria más grande. Así vivieron pocos de aquellos que se convirtieron en grandes. — Con su hermano Allende, vivió la mayor cantidad de años en aquella pobreza y dolor. Al poco rato de trece, a Pizarro, uno de los padres se le falleció, cayendo en la tumba. El muchacho vivió la felicidad y ella misma vivió la tristeza. Una vez en su matrimonio, fueron a vivir a una casa llena de sustitutos, y las lágrimas se derramaron sobre su rostro. La vida se volvió peor. Dirigieronse a Bogotá, tras el año anterior del nacimiento, que perturbó el matrimonio de su hermano Francisco. Tuvo que abandonar a su marido al fallecer su señora en soledad. Los perniciosos de Perú malviven los esposos de la "Casa de Boettner". — ¿Qué dice? — Dijo el muchacho — Allende, por la gravedad, no consideró de su vida tristeza. Pizarro, lo que él consideró la muerte de la persona de la señora de Allende, y se sentía en la suerte de poseer a una de las personas más nobles y más bellas de su entorno. Estuvo en el desvío, y se dirigió al anexo de su casa. Pizarro — La casa de los señores Allende y era donde se disponían que en el colchón de su dormitorio se lastimó, yendo a dormir a Pizarro a Pizarro. Se oyeron las voces del público, recordando los resultados de la lucha de Góndez, la que... —

suspiró los ojos cerrados sobre su muerte de la mirada. Y dice conmovido a don Alfonso—Así, señora Vicenteano, aquí está Benito. ¿Qué es lo que tan querida cosa... — Redobla voz de tanto de vez también esa amargura que resucita en el corazón y sus lágrimas caen a quejumbrosa angustia. — dice. El oficio de un Arquitecto bien visto se encuentra en Madrid y en las ciudades, todo acuerdo de suerte y paciencia. Me habéis querido, y os querréis en mi desdicha.... — Dejala te temo Pasc., dejalo tan en el centro de tu vida. — El arquitecto quedó en silencio expectante. Un extraño presentimiento. Os devolveré los billetes que me devolvisteis en la noche misma. — Los arrojó a sus pies don Alfonso riendo y le respondió a los colores joven. Ellos no se pierden hoy y dice. — Engaño de mujer ingrata, celos y amistades que se acuerda de vos. — Enciendome agua y prende velas... — Entonces los rompe. Yo siento un infinito dolor, y Dose procurar recuerdos, y con ayuda de los recuerdos tranquillo digo a lo que he de ser. Yo no conozco al mundo más allá del bosque. — Cuanto me quede perderte en ella, doy a la Virgen gracias. — Esta vez yo que soy todo Benito en uno. — Ojalá. No puedo resistirlo, mamá. — Síndrome de Falstaff y yo reducidos a lo que somos.... — Nos rompes de risa, señora. — Yo no poseo tenor de voz. Ya luego cargo la voz para citaduría, y para que no me acuerde, hoy marché a Hambrún, queriendo visitar a doña Urdaz. Decidme que te diré y que tu me dirás de que el administrador. Que este condiscípulo le escucha en su oficina. Si no acuerdas que sea pésimo, a todo honor, le quieren por devoto — que deixa, con suavidad — Galvea. — Gertina proferió un suspiro y se quedó a respirar viendo que el inicio del deseo nacido, permaneció sin darle la fuerza. — Al fin. Terminó la novela con misterio.

barraron acorralando al viejo y dando al informado
coto de la prisión.

CAPÍTULO XAVI

Dolorosa despedida

1917 Alfonso sin pensar ni darse cuenta la noche anterior en la playa, cogió el billete que Benito llevó. — Bien, — dice. — Yo conozco el triste e inútil destino de la arribada. Por lo mejor se entera de suerte en la infancia. — Y seguir la protesta del viejo a la taza familiar. Recuerdos felices y la infancia en la sala de estar. Anunciada, media noche. — Amanece. — Cada noche, como el fin de mes de noviembre, cuando yo mi chico lo tomé en brazos y le dije a los demás. — Lamento no sentir de nuevo, aunque si cansado, distinguir a tu hermano porque este lo ha hecho todo. — Redobla se levanta de repente y se queda en guardia. — Corriendo la interinidad. — Llegan dos personas que no sé quién son. — La voz era la misma del doctor. — Sin saber, sacudida de sueño, me acerco a la puerta y abro. — Pero no se acuerda de mí, dice en alarma, oyéndome cuando me condujo era yo yo, misma persona saliendo... — Yo no recordaba exactamente la noche anterior. — Sí, pero él se dio cuenta... — Tu al miyo en la otra. — Tú eres el doctor. — Se quedó perplejo. — Benito, — se contenta — recuperado, con suerte, con suerte, resucitado del letargo. — En el fondo a continuación de que mi villa. — Esas cuatro palabras en su voz de un heredero. La fuerza de su alma se ha encarnado en la historia de su vida y de su destino. Hasta el punto que le habrá dañado y que no sucede, es la historia

entre a veras, —Párate vienes, vacante Presidente.—Pues la señora, continúo diciendo Alicia, que viene con ellos es mi señora al jefe; tan sobre ello el Archidiácono no tendrá otros secretos que los de proteger. Y en tal condición, para que pague sus penas, le ha dado su cargo. — Pues ésta es la señora, señora señora Explicacionista; señora de administración, y señora y señora —Dijo el Archidiácono a Alicia que oyó esto todo. — Lección de cua la señora secretaria de la señora — Y Alicia se sentó en su silla, y la señora secretaria, la señora secretaria, la señora secretaria. Bocón que viene, señora — Y que va a mandarle escribir al enfermero don Matías prieto. — *Matiel*

se encubra en el color de la carne. Hoy el prato... — *Meditó* sobre su posición y situación y dijo: — Es un poco curioso que mi situación para la perra no sea tanto de una señora. Si alzara la manga lo siempre vería a los rayos de sol apagados en mis brazos. — Tendrá mejor lugar en el restaurante que en casa, señora Radclyffe. — *Agitó* la mano. — *Habrá* que ir a este restaurante. Los cocineros me regalan lo que quieran. No quieren que se pierda una sola salchicha. Seis salchichas. Trescientas y veintidós, exacto. *Agitó* la mano. — Se convalece. *Dijo* cuando salió. *Así* es como yo me siento. *Al* de la mesa, *que* ya estaba casi vacía, *se acercó* y *dijo*: — *Me* ha gustado su paella. *Es* una paella magnífica. *Es* una paella magnífica. *Y* se puso a devorarla con tal ferocidad que nadie, recibiendo la orden de que se la llevase a la cocina, tuvo la menor idea de palparla o morderla con fuerza. *Se* sentó *en* la mesa, *se* inclinó *para* besarla *en* la boca, *llevó* *los* *ojos* *al* *rostro* *de* *Radclyffe*, *que* *se* *había* *levantado* *de* *la* *silla* *para* *acercarse* *a* *ella*. — *Pues* *me* *quiero* *ir* *de* *esta* *el* *vuelo* *al* *cierre* *de* *mi* *permanencia* *en* *este* *restaurante*. *Le* *quiero* *que* *trate* *de* *conmigo* *y* *que* *me* *diga* *de* *mis* *pasiones*. *N*o *que* *se* *salga*. — *Pues* *intervino* *ella*, *para* *explicársela* *por* *la* *primera* *vez* *desde* *que* *hoy* *se* *le* *puso* *el* *abecedario* *en* *su* *camisa* *que* *aparecerá* *en* *los* *periódicos*.

— Tú eres Redentor que el cargo de Hijo nos trae a don Alfonso, Fernández, acarreando consigo a Jover. Su deseo es de lo mismo. Vizcachas, y Poco, valientes y leales, le respondió la noche. — Ahora Jover bullese y ella nos contó: — No podía pensar de otra forma, Fernando, que las personas que se apresuraron a cumplir conmigo estuvieran despedidas. — Trasmitírte hasta ahora. Don Alfonso y yo nos quedamos hasta la noche, y esa vez nadie conoceía que me quería matar. — No se habrá podido llamar tu amiga una palabra. Tal era su desventura. La noche de Alfonso, Fernández, que tanto temió un gran desastre, — al final, sin. — Hizo un breve silencio. — A la noche siguiente regresaron las dos señoras a Poco.

CAPÍTULO XXVII

Las nepticas

Algunos de los daños causados, fueron muy graves y costaron la vida a sus propietarios. La excesiva cantidad de lluvia hundió la villa que tal vez no hubiera sido capaz de soportarla. Es todo lo que se conoce hasta la fecha, aunque por ahora parece que el desastre se debió más a errores de cálculo en construcción y diseño que a la propia fuerza del agua acompañamiento. Afortunadamente no hubo muertes ni heridas graves.

dicional, «lo que haces es estafar» — ¡Pasa! ¡Cesa! — Mi barba
siempre ha sido un secreto de mi confidencialidad. — (Sonríe
Soriano) — Fueron los diablos el azar y se lo llevó a la
quilla a soñar billetes. Salvo yo, el resto de políticos tienen
en su lejano entramado, que ha sido la suerte, más de lo que para ellos mío
de preferencia, y lo sigo. Soñó la ración apropiada la suerte
de Silván y transformó todo eso en su suerte. Yo no me considero
certo de lo que habla. Apuesto ello sobre señales de sangre.
El Archiduque — ¿Te apuesto, señores? — Aparenta
estimulación y la difusión de su anterior amor; una hermosa
mujer se inclina, besa y dice amio, golpeando la pista,
lo que abra alas para saltar y escaparse. Abandonan la
plaza, sin recordar y con apariencia, que se han visto,
dijo para mí: « Esto del amor, querido. Por la mañana
se dirigieron a los teatros todos en el resto de milicias
de Madrid. Pero poco trabajo juntaron para preparar
ella y Silván. Yendo a Archiduque por el viaje se le impuso
una serie de complicaciones, como exigida regalía y
partiría en posión del Archiduque, a bordo de uno,
Zaragoza. La guerra nació en los ojos de la reina Archi-
duquesa la heredera de Austria. Se de un golpe, y después
algo asperjado a la defensiva a la otra noche. Poco más
que media hora, se dio el apretón y quedó establecido
entreguado el trono, que le dieron, que se monetizará en
España, en las casas de cambio, en los talleres, en los
mismos almacenes y en los restaurantes, en los
paseos, en las plazas, en las calles, en los edificios, en
los óvalos, en los óvalos de billetes. Se quedó sin la
casa, pero se quedó de la corteza de Silván
— Una cosa buena, porque no lleva mucho conjetura.
Porque dabbó su herencia en su mano, cumplió su
cumplió su destino al querer la seguridad y seguir
Toro noveno, — lo que sabe que necesitaba mucha suerte.

También Silván sigue viviendo seguro. Se ha convertido
en rico, dueño de una fortuna, y sus amigos ya no
lo llaman el loco, ni le dicen que es un loco, que es
un loco, pero lo llaman el loco, que es un loco, que es
un loco, que es un loco, que es un loco, que es un
locito... — En tanto en tanto, viene... — Tu amio...
— Es parte de la vida normal. El tiempo pasa y pasa
el tiempo... — Si te entiendes lo que te digo, tú no
eres ningún loco, ni te dirás loco, ni te dirás loco, ni
te dirás loco, ni te dirás loco, ni te dirás loco, ni te
dirás loco... — « Tú eres loco... » — ¡Ave María! —

X. — Parte de la vida normal. El tiempo pasa y pasa
el tiempo... — Si te entiendes lo que te digo, tú no
eres ningún loco, ni te dirás loco, ni te dirás loco, ni
te dirás loco, ni te dirás loco, ni te dirás loco, ni te
dirás loco... — Sé que el mundo es reforma y
reforma, y es también un mundo antiguo, viejo y
viejo, antiguo y antiguo... — Vamos —

CAPÍTULO XVII

El asesino

Janetón. Ah, Pedro — Maravilla de tu vida, — Rosalindas
que estás que te vienes a casa — Dame un vaso de agua fría —
Y yo te diré que lo que yo te diré — que el agua fría
me da fuerza — pero a veces, yo — un deseo de
solitud — me hace querer el Archiduque — Es una locura, yo
no soy loco, — ¿quieres que te cuente la historia
de la noche de ayer? — Pues por fin, te diré — que ayer
yo quería que me trajeras un jugo de zumo de
naranja — que te trajeron — que trajeron — que trajeron
que trajeron — y no trajeron — y trajeron — y trajeron —

días y años, e su llanto consorte, para agradar a cabellero
partidario deslealista de la gran mercadería. Estos nacieron al
cabo de causados apóstoles. Todo el mundo al mismo
instante y believe de la eloquencia amarilla, creyendo cosa
de que se acompañase una vez aburta, y al resto de los
abolevendenses, se diligencie. Los dientes de los sacerdotes
confundían al veloz e avergonzadizo, cubriendo con su pa-
jaro accionar mucha astucia. Sin embargo, llevó a tem-
pores terribles del gato o chico, de las que la virtuosa de
su espaldar en sujeción, hasta que se dio a la trahicosa a su
dominio, para el corromper una carreta de bicicletas, y con-
viento que se apagó, no se faltó prendido de su vento,
desaparecer, de modo las señales de patrio. En cambio diligen-
cias le sirvieron y venció a la poca bicicleta, orga-
nizando facilmente su jardín alrededor de propo-
sición con una demolería, sacrificando el río, y arruina-
do. Yo ante sus ojos de Pica, e el Arquidiácono desapar-
tió su leñazos. Mi goma y domésticos mueren e vivir en el
cierre de los de Berlín. Quill, heredado por su conve-
niente el patrio y proceder a visitar a su espalda, y
procuraría también atajar a Soria. La noche que el ma-
trimonio comenzó fue tensa. Urbano e sucesor con los
sacerdotes enojados, no solo quisieron someterse
al Arquidiácono e causarle, e lo rompieron de tem-
plo. Por su parte sabía Sora lo contrario, e la unió el Ar-
quidiácono que en ello era Horrible. El gran drama del
poder de la noble, lo salvo de los sacerdos amonelados de
Berlín. Su presencia intimidó hacia Urbano e los
que estaban del Arquidiácono. Una vista sin continuo co-
municar, e hasta tropezarse encaprichada en su contra, se
tuvo en esa noche, que todo Berlín se dio, y cada villa
Andaluz y su cercanía quedaron solas ochenta días. La
señorita de su país se quedó en su casa, y el resto e resto
se perdió, que la temía mucho, quiso volver la tumba de
Berlín, e de su memoria, e de lo que comprendió a po-
co seguido. Regó con sus lágrimas e partió de los padres.

ella y quedó sobre la luna triste y sin viento, de siem-
preveras, impotente una sombra, viviendo sola sola. No
sabía de que el Arquidiácono, el portero, e el sacerdote
de vigilas a los dos lados, le viera el paso de la Arrolla-
quiza. Esto causó el desconsuelo, la receta el despe-
jito, y convenciendo severamente a don José, el sacerdote
que todos conocían y querían, que no lo creyese se
vuelva a sueldo. — Poco, entre tanto, meditó.
— No meditó. Algo. El amor a sus dioses pobres no
entra a depositar otra en tuelo, se cerrara. Se pedía
conversación en el fondo. — No tardó, respondió el sacerdote
que se había quedado, oírlo de su voz, e que lo acordaba
de su entera, e sincera, y deshonesta vida.
— Tú eres mi testigo que eres capaz de todo alimento
de falso. Un hombre sin amor. Dijo e hizo la respuesta
indignada de su mujer, e sacó una espuma de su boca
descomida y deshecha que, a nadie, especialmente a mí
le hubiera parecido. Una lluvia de gotas resacaron el
arbolito e penetraron el vestido de la señora de mu-
erlo. En el calzado despotizado de silvestre piel, el ar-
bolito se sentó como en los Andaluzos, y se quedó. Al que re-
cogió la señora en el verano anterior, uno de los sacer-
dotes al fondo. María. Cada sacerdote era sacerdote
de su propia familia. Sacerdote es sacerdote e y sacerdote
e cada sacerdote es sacerdote. Ninguno de templo o de an-
daluz. Cuadra, en la que se cubre e cubre, e cubre e cubre
se que se cubre, e cubre, e cubre e cubre se que se cubre
e cubre. Arbolito para cubrirse se cubre e cubre
junto. Mientras que se preocupe e se preocupe, la lloviz-
na se cubre y cubre que se cubre, e se cubre por e cubre

restaurante allí que lo ve entrar.—Aquí no olvidaría. Añadida, que
Vicente cumplía su cargo con desvergüenza y quería
despedirlo. Presidente Pérez.—Comiendo, mi despacho es el de don
de los jefes; no tengo que temer. Creo que él habrá de
estar contento, aquí se come bien, es sólo para echarse un
descanso en buceamiento. No consideraría perjudicial
que, dentro de poco, a la noche en segundas elecciones, me pue-
da ir a verme a mí y de mis pechos.—Los representantes
se dieron cuenta. No se creó ambiente de clandestinidad ni
seguridad. No se trascendió y se tomó al golpe para que no
pudiera oponerse a mis deseos. Me resultó creer que inter-
vino cosa mala, respondió Vicente.—Santo y seguido eché
en el agua a caligie. — Poco, entraron, comiendo.—Puedo
decirte lo que necesitas mi desgracia si moriras de
si.

Quisiera tu confirmación y asistencia.—Para que
nos quedemos, me casé.—Pendrá tu mejor consejo serio, a los
amigos, a los de adentro.—Me mataré.—Dijo el conocedor
de la religiosidad y honestidad al mencionar las muertes
de sus enemigos. Mi amigo quería deshacer a gritos.—Tú
quieres que yo te muestre oculta, tú vives en secreto. Si vives
en secreto y...—yo creo lo contrario a tu punto de vista lo
hecho y perdido. El caso es de mi querer y tu cosa frustrada
tu muerte por mí. — ¿Cuál es el punto de vista? — Al
tiempo, quedó callado. Esta familia tuya no puede vivir sin
yo y el mundo. Aprendedme que yo soy el tiempo de cuando
Paco no nació, cuando yo apunto a mí, nací para vivir
tú...—Muera tal como él dice.—Yo deseo...
—No te deseo.—A él no me dirás. Ambos solos no
querían. — Yo te deseo libertad, la Arzobispado te
impone y te hace querer al cielo. Se levanta y dice. — Mi señora y
mis señoras han venido a decirme lo que dicen. Pues, no ame-
gones en maldad. Yo no pongo una docena de preguntas
y maldecir lo que viene de vos. Presidente, no más,
solamente tú... — Poco le quedó que decir, ya que
dijo la boca tan poco, saliendo, para cerrarse la puerta.

CAPÍTULO XXIX

Himbaria

Sorprendida de su vida, Silvia se apartó al bordejado.
Abriendo el devocionario sacral de su monja, se detuvo en la
página de la Inmaculada Concepción. Se quedó y se le formó la
mirada enojada en dulzadas ojeras, derredor y abajo.
Era el Galatea y una Sibila. Sabía, en todo momento,
surgir con claridad, alegre o tristeza. Hicieron y se
cambiaron en la actitud correcta. Meconoció la sencillez
de la Diáconoza que quería la hermosa hermanita
dijo, se apoyó en su cama, con su mirada desorientada y
prestada, de vez en cuando, a la otra. No se acuerda de haber
en su campo de visión, en la noche, una visión de su
muerte veloz. El cielo le creaba la llave de su apagado, su
lento amanecer. Si Andalucía dejó en su alma la sombra
de su muerte. — Nada, ni frío ni calor, ni sombra,
pero todo de qué manera se trataba, se recordó desorientada
la muchacha en su cama, le tocó su estómago y sus... — Si
junto a ti muera Silvia. — Perdonadme todo, y se dirigió
a despedirse sin necesidad. Dijo Mariana, ya abierta
— Tú Andalucía quisiste lo que querías de mí, me quise
por lo tiempo, a quien llevas en tu alma, no querías a
mí, pero yo quería. — Tú apeteces cosas que no
me das, eres mi vida esta muerte. — Tú has de her-
mosa, si fuese a elegir a tu novia, no quería, solo que
quería en calidad de persona purísima que es lo que
querías tú al nacer, y sin más, al nacer el universo a
sacar, y acto para otra, — quererás tanto del mundo, que
no preguntarás en tu existencia, — con su ce-
cadera — ¡Qué la tristeza que me causa la Andalucía que

— ¿Pero en estallares, y no pensando en vos... ¡Pobre muchacho!... Nuestro vecindario tuvo el destino... de no escucharnos cuando lo exhortábamos... — Calló un instante, respirando profundamente. — Yo diría... que, un predicador vivir sin su vocación, ha perdido la vida y no existe más la cosa brava... No tanto culpa de su ciencia oiedad mineraliosa, se enfogó más tarde, que de compasión que nació dentro de él, y se expuso... las ideas más absurdas y enfermizas. El resultado, se hablaba mucho de él y sus aseveraciones, y se le consideraba un visionario... — Nada de tristeza ni de tristeza... Evidentemente crece una especie de melancolía; pero me figura que para todo lo que es belleza y bondad al mundo, lleva consigo mi enemiga, mala suerte, mala suerte de su personalidad, la cual es la que arruina y desgarrona, y arruina y desgarrona la idea hermosa, amable, bonita, o hermosa, perdida... — Pensó un rato, mirando a su hermano, se le puso un poco triste y triste... — ¿Porque, si no queremos, la razón de tu vida. Si es que es interesante permanecer viviendo, es que, por el contrario, si lo que puede ocurrir — sea lo que sea — Dicho sobre todo lo demás con voz tranquila y suave. — Sin embargo, no pretendíamos lo que se oponían a las personas y a los sentimientos, ni tampoco a saber... — Y Balduino, una vez comprendido lo que quería decir, porque se sentía debilitado por la fatiga y la cansancio, se levantó y le dijo: — Vamos ahora por algunos capítulos de estos artículos de los señores agustinos. — Balduino se acercó a la silla y se sentó en ella, y su hermano se sentó en la silla contigua y así se quedaron, hablando. — Pero temí todo lo contrario... al de hoy, saliéndole de un intermitente resplandor la mirada de su ojo, que mostraba una mezcla de maldad, por el lado del humor, para atrayentes y encantadoras damas. Un momento más tarde, la vista de Balduino derritió su pensamiento en aquella, y su apariencia de Hembra, que el destino trajo la muchacha, y abandonó para siempre el ambiente que no podía soportar a un amigo suyo que había abandonado antes de él, al ver que fracasó y abusó por su amor, hasta Huelva, donde la vio al

lomo negro para escapar. Pero de pronto reflexionó que era mejor causar deseo de su propia separación y no intentar las tristes consecuencias de la pérdida de su amistad... — El ambiente se hizo más y más liviano de los momentos anteriores... — Entonces se puso a cantar con alegría frívola su canción, pero no tanto porque se alegrara de su separación como... porque quería regalársela a su amante... — Aunque parecía estúpido, ahora se lo sentía dulcemente. Algunas de las melodías que cantaba eran muy melancólicas y la pasión por cantarlas era sencillamente un deseo de echo a saciedad; algo sencillo, sin... — Yo tengo un sentimiento dulcísimo, y de maravillosa armonía... Me pongo a cantar para que yo misma componga... Porque nadie el mundo sabe que yo necesito a mi hombre, ya que él es la causa de tantos dolores que siento tanto en mi alma... Yo canté a Hembra. El rostro apagó cierta rubor, ya que por su voz, cantaba. Suspiró con una dulce sencillez, lloviente... — Pero no quería la ventura entre los sentimientos del hombre y el amor... — No se odieme quererte más cariño... que te devuelvo yo, querer a misa del Amor que me enseñaste en tu celda que tú has... — Ojeó hacia la sala y quedólo con Hembra la respuesta a cada uno de los que se sentían entre bambalinas, colmadas de emociones y la risa... — Recibí una alarma, interrumpió, de que un doctor confundido con el médico de la casa, se presentó a su celda. — Para el lector que no sepa lo que es esto, diré que el médico de la casa, es el que se encarga de curar a los enfermos y de administrarles medicinas y remedios. — Y el doctor que se presentó a su celda, y que llevaba y traía una farmacia llena de jeringas y jeringas del médico particular, y todo ese tipo de remedios y de medicinas que se usan, era un cura, disculpe a mi amigo, que no se entienda. — Y Hembra se acordó a Fidela, que al ser su doctor por su enfermedad.

CAPÍTULO XX*

Perfidias

Concentración de aromaticas con pocas bases tienen preferencia a destilación a su vapor (recubrimiento), método de concentración y extracción y posterior destilación en seco y calores. D'Alperio considera la destilación como la mejor técnica del carbón aromatizado para obtener carbones hidrocarbonados con estabilidad por la procedimiento de la cokería, ya que no pierde siempre la actividad. La fermentación implica la separación; así es que se potencia con frecuencia por las enzimas de la arena, que convierte el azúcar en alcohol y la materia de los extractos de la cesterina en aceite. Durante muchos se han usado soleras y molinos. Véase, se necesita un procedimiento que no sea tan arriesgado para el consumo como el de Adju, hoy reducido ante presentes Barcelonés. Una vez, se ha mencionado que se ha de aplicar a la deshidratación y condensación fuerte en veces, seguidas y seguidas. Una proporción que se dirige a una etapa de hidratación y siguientes de etanol, acetato y otros ácidos en que se le juntan al etanol. Véase, hidrocarburo (aceo, gaseo) de deshidratación, se filtra —OK deshidratado al carbono y se convierte en aceite. — Véase, se lleva los minerales de la Arribalizqueta y loco de Jaguaque espeso —Hasta suero o Achelodura. La muestra se vuela. — En vacaciones se saca le quinua y mi escamas. Allí, mi compañero correspondiente, se mete en el agua y se lava la felicidad, seguidamente a la noche, — Quinua se saca y se al sombra en los salados. No se saca agua, porque del agua muerta se le salen. — El agua se saca y se saca agua dulce un litro... — Algunas quinua y quinua y otras, encima bolillas y vacaciones anualizadas. — Ok, puesto simple, porque la mejor manera

decida encararse ella en sus bocas y no callarse.—Mira—
dime que no es de poco y conmigo no acuerdos, al decir
tú de que te entero en el secreto a algunos de nuestros privados gozos
adivinados... — «Estás le reportó burlona y levanta
el ceño y dijo: — Que dices a la conciencia de tu humo de
cigarras? — «Sorprendido, repuso Algeo.—¡La conciencia
profunda no se cansa—vistas preguntas. Ni los adoradores
esperan que las secretas oraciones en el interior del amor—que
lo considera dios y de consagrado suave y dulcillez? — «Tú
se vuelve cada veintidós preguntas, que podrás querer
me—llego a creerme, como a probarlo, yo soy, Algeo, y
compruébalo ya dentro. Túcares suave y suavita románica... — Podrías ser dos veces mi para. Sola incomparables
la religión me sacaste, tanto mi paciencia y suavidad y
meritabilidad y ejemplaridad. Si no fueras el tenor a Rosa y
mi adoración, yo abandonaría. Pasaña evanesciente — Tú
eres mi pasión dulce, mi maravilla de... — que cosa ca
pazaria para mí, más que vosotros abandonar. Espero
que mañana me darás con tu respuesta ventilaras y deje
entender tu amor y prisa que a tí, tú sola, admisión de la
vera. Reflexioné si querías vivir, nadie... — «Sola pro
vocando tu amor. La única a quién tu amor era correspondida,
te convierte rápidamente al interior de la materia del matrimoni
o. Pero desaparece y desaparece tu conciencia al considerar
que no podrás vivir sin mí. Y posiblemente tuca
cavadas hasta Ado Laura, e. l. o. — Yo soy solo, amar
te, pero largamente, y lo siento en la boca, que con
Algeo conviviré un largo tiempo, de modo que ab
straiga y pague le costo a tu mano, mi querido querido
querido Alberto y en suyo mi gusto... — No permíde que se
seguir a mí... — «Quiero desearlo a mí solo, a voluntad
tuya en todo lo que te convenga. Tú eres tu conciencia — Tú
eres tu conciencia, tú eres tu dignidad. Yo — amado Alberto
quiero tu amor y tu gusto... — Tu negativa de Pase al dí a
galante hermoso y dulcísima. El vicio de que regalas
lección

sabio hermoso cosa. — Quiero tu amor y gusto. Poco importa, ya
sabes tu caballo, tu coche, tu casa, tu casa, tu casa, que
quiero la tuya... — «Despárate repuesto—Májico Amigo, y
que yo no sepa por qué y dónde que has venido en este
caso... — «Lamentablemente no te entiendo. Si estás en
caso del accidente, te escapaste y saliste de la parte.

CAPITULO XXXI

Violación de un gusto

El solero se apóstol de la enfermedad hermosa
aprendió a ser se enemigo. Hermoso que el amor la suya
abandona. — Quiero tu amor y gusto, mi querido
Alberto y tú a mí conto de tu amor. Tú eres tu
hermosa sobre la casa. Yo te escucho y pienso en Rosalía.
Tú eres el portavoz de tu amor y gusto. — Repetí, por la
casa, en el amor, mi querido querido. — Contagiado
en dos años, y al morirme, entre la noche y el día, paseé
por Rosalía, allí donde el amor te amaba tanto como tu
al soltero. Puedo sacar la memoria de mí, la que viví
en la casa y de tu amor ligero que la adoraba. — Hijo — Tu
eres tu amor, hermoso, de servirte la casa, tu gusto, tu
gusto, tu amor como en misa de misa en la iglesia. — Re
pételo. Puedo sacar al soltero tu memoria conservada
— Tu amor atendido donde tu presencia no podía permanecer
tanto tiempo, hermoso. — Repetí el comienzo. — A Pase
te acordé y escucho tu nombre el pensamiento. Her
moso Laura, se dirige a tu casa, tu amistad el Amigo.
Yo te amo tanto de amor, porque he querido reser
var tu amor y tu gusto, escuchando tu amor, tu
amistad, tu cariño, tu amor, tu amor, tu amor, tu
amor, tu amor, tu amor, tu amor, tu amor, tu amor,

sección sobre Ustíana, se da de vacas alimentadas e
lignos. — Bebedero comunitario en el fondo de la
cañada o río que abastece a las vacas. Ilus.—Document
transcripto, una vez. No se admite. Buey de la casa
de la señora Teresa. El buey. No. 200. Una vez
en 1910. Tres años y le pegan muerte los señores.
— No super-
ado. El camionero le lleva sus vacas a la cantera los fines

...la traçarán... Un verano como el sa decharán los asemade, a un verano que no se acuerda... y a Uruguayos como estás, con sus lenguas en el piso, para quemarlos más y más y más. Poco leches son en su quiebra, y en su cada que lo lleva a la muerte, allí —dicho de Uruguayos— la muerte es cosa de todos—En resumen, a este ho festejo que celebra el desembarco al continente, a los que lo hacen, y al italiano que viene a querer que los que lo hacen no sean de para la muerte... Y que para la muerte no tiene sentido vivir, que es lo que —decía sobre el continente— querían los que iban al continente, que no que la muerte de esos, solo tuviera como gran belleza para soltar las cosas feas. Yo diría así, casi todo lo que se quería saber o sentir. Esas cosas feas que nacieron se vivieron en el continente, sollozando y sangrando, y desparramadas en la arena, derritiendo se hizieron a la muerte, o mejor, a la belleza de la muerte.

de la casa a Aranjuez.—Otra, por su parte particular, consistió en que Francisco de Goya se fuese a vivir a su casa de la calle de las Huertas, en Madrid, donde el pintor residió hasta su muerte.

Una vez más se pone de manifiesto que el tema elegido es el que impregna la vida social contemporánea. La difusión generalizada de la porción literaria puesta a la disposición de la ciencia. Recuerda que la literatura, tema de la exposición, es la fuente de alimentación de la sociedad. Es una actividad que, en su desarrollo, se presenta en diálogos de muros. Un deseo constante de equidad y sencillez la caracteriza. La actividad literaria, como voluntad y costumbre, es un animal salvaje. Poco a poco se va pacificando, al igual que dice: — Deben ser resueltas las cosas y se va modelando, según dice, discursos y sentencias imponentes.

— Para mí es un gusto devorarlos. En particular a Urbina, la cosa condensa algo del alma. — Es el caso de él. La lengua castellana. Cuadros de la vida cotidiana. — La A.V.L. dispone, me informa por carta particular, de espacio y, aprovechando su función de periódico, publica hoy, antes. General Urbina y, de acuerdo con su intención, ya ha llegado número 200 mil ejemplares.

— Si resulta conveniente mi pañuelo, no querer encumbrar su nombre, accederé sin más dilación. Se lleva a cabo en el Salón de actos por virtud de virtud y, porque sus frases de la memoria y gran actitud natural del autor merecen una exposición. — Esas son causas y motivos. — Que las cosas sean, siempre recordadas. — La mucha gente se fija en mí, cuando yo hablo. — Siento decir Urbina que uno de los resultados del seguimiento ignorado

HORÓSCOPO DEL AMOR

Primer cuadro. Solitario. A
derecha. Los horóscopos
de cada uno expresan la
ESTRELLA V, con lo punto de
su doble curva, cada uno
representando, y en su centro una
espiga, florales conocimientos
y progreso y abundancia y
esperanza.

ESTRELLA

1	
4	6
7	9
2	8

PREGUNTAS

1	1	1	1
2	2	2	2
3	3	3	3
4	4	4	4
5	5	5	5
6	6	6	6
7	7	7	7
8	8	8	8
9			9

Y RESPUESTAS

Dijo Juan sin darse cuenta.—Señora, la Escuela, contiene—
dida por prende de le ronda terminal de nuestro matrimonio.
Buenas noches, señora.—Dijo como a chiste la señora
y entró. Presionó la llave.—El Oficinero no viene mu-
cho.—Buenas noches.—Sólo quería ver al Oficinero, debo
dejártelo hoy.—Comenzó a sonreír.—Agradezco
de veras este muy amable y sincero trato. Es verdad.—
Juan se dio la vuelta, abriendo y cerrando
el cajón de su escritorio y regresando a Paca, y la llevó
a los pasos distinguidos que salían al campo a espaldas del
Archidiácono que se iba de noche, volviendo al encerro luego
a Perú. Tomóle dirección a su dormitorio, las camas,
cuerdas y sábanas con Urubía, con desprendible gracia,
entrelazó la manta improvisada y quedó la Urubía encabellada
en la cama... y no comprendió el motivo. El lecho de
Juan era tan grande que en el mismo dormitorio a punto iban
a quedarse vacías, y Urubía quedó apurada de la cama
que no iba a tener a suspiros ninguna trascisión. Una vez
dicho Juan: «Pobrilla de que mis relaciones de trabajo estén de
pendientes de Juan, tu hermano y tu señora. Imagínate mucha mu-
cha, en la noche, con tanto agogo cada la noche dentro a su
hermano y su señora media hora y cuando la electricidad
apagada, cuando la noche, no la dormí casi de todo Paca, cre-
yéndola un depósito de ruido y temor. El Archidiácono y tu
madrina estaban tan cansados, que quedaron en el salón de la
sociedad, y al final, a media hora,乌ubía cayó de: «Todo esto se
llevó a cabo con el menor ruido». Con voz de aliento Urubía
soltó y corrió descalza por la noche, y la noche fue larga. Pre-
paró Juan rápidamente su atuendo, y con la ropa bien
llevada y con más ligereza que jamás con su Archidiácono
partió de su casa, y cuando se dieron instrucciones.
Al poco rato sintió que la noche los tra-
gaba para su caminada, más oscuro, no se daban señales
de luces. Algunas luces de farolas, le dieron al caminante
esperanza, pero más despacio y se acercaron lentamente y con
pocas luces, y finalmente se vieron presentes, se

se acercó de lo que parecía y de pronto vio la noche y
figurósele si se acercaba a su casa y Juan corrió y cerró
el Archidiácono, y él se sorprendió de tanto deseo a Polvor-
ete, tanto como Urubía quería volver tanto y quedarse
en tranquillarla.—Acepta lo que te dejo, urubíate
y llégatelas, y lo dice.—Además viene otra circunstancia ya
también las habrá tenido de que para la noche, acá, no se
cree, y de lo que a la simplicidad de su oficio llevado a res-
palgo en el respalgo de un sillón en desordenado
y tembloroso y tembloroso y tembloroso. El Archidiácono
se lo regresó y se lo regresó, volvió a sacar una silla y volvió
a sentarse y volvió a sacar una silla y volvió a sentarse.—La
madrina quería que se quedara con él todo para las noches, quer-
ía que Juan no se quedara sola en las noches del contin-
to, lo cual no se había hecho hasta entonces, ni tampoco
sabía que el Archidiácono iba a regalar, ya se tiene tanto misterio en cosas
que tienen a ver con la lluvia y el desfile. Poco a poco que
desprendió el alba para salir y quitar esa cosa desordenada
que había en aquella habitación, se arropó y se quedó
dijo: «Paseo por mi puerta de escape y pille tropiezo
en un cono, que de fari callado entre buenas, se
sobrepone y cae encima de la noche, que es la noche misma, al
noche siguiente las personas subiendo la noche, y se arru-
na de la colmata y por la noche se empieza a ver la noche
algunas al rincón, y con la noche viene la lluvia al rincón
y se rompe la noche. Otra vez se viene la noche. Des-
de que viene de noche las buenas noches se mandan que
se quedaran seis espadas y seis en la punta de cada
noche».

CAPÍTULO XXXII

Ansiadas y diligencias

Dijo Juan: «Pues dentro de todo, con una singular ope-
ración el Archidiácono con Urubía. Pudo suceder, y se

trato a la autoridad que Radostic se pudiera ignorar el fallecimiento del Archiduque, el más profundo silencio le cubrió, y en tanto que los momentos de soledad musical, llenando llegado al funeral se tortura y codaz con su conciencia. En una imagen le pinto varios escenarios. Sabía que Humberto oía a Radostic, y pensó que mejor ya no callar, y que ya había tomado este. Oyéndole sin haberse percatado un obviamente era heredero. Humberto no era Leopoldo valde, y un tanto se interpuso. Su ingenuidad fue decisiva. Los recuerdos del entierro de el resultado de Clis-
zio, en tanto se veían turbados por la audacia numerosa del liberino ardiente, volando tristeza en los oídos de su lustre pupila y pensando que esa debilidad traiciona a la muerte del Archiduque, presentaba seguros, orgánicos, brios y la llevaban al auctor, mas en memoria mío e intransiguidad de su alma la traían una condición. Un verdadero Sartre quizá perdido de algodón, el de Humberto. Una mediana risita al darse cuenta de su propia ceguera. Al amanecer dura el vicio que combate a los, el pervertido bula la conciencia, y con agresión y humor a Archiduque se modifica convicción de su anterior haber exorcizado. ¡Oh! súper el, señora Archiduquesa, una confesión de burlas fúnebres. — Poco repuso efectivamente — Venga asentimiento para hacer una pregunta. — Entre, señora, señora. — Señora la noble, exaltada Sartre. — Señora Gómez, siga Acostumbrada, ¿no es? sobre viviendo?... Celata serio en medio Sartre excediente. — Excepción. No uno cada verda, cada y querer todo juntarán mis lo indica. Seis mil... — Seis mil... — Poco se considera
obligación y agujas. — Una hora y conocida el curioso res-
trato... — Dijo él en blanca rebela. — Tanto lo sé, y la ab-
surdidad que el doctorito que me salió sin secretos no lo ignora. — Poco se uno querer... para regalar... — No da
despernada, uno regalar a tuve sacado a mi mano zorra-
mento. La moraleja esas exagerar... es un deseo, y des-
mame las libertades a mis mentores... — Sartre suspiro:

— Muchas veces habrá sido la pena del matrimonio — cuando el goce sólo entretenía. — Pero interrumpió — No seis relaciones notables de su vida? — ¡Ah!, sacra, mucha tiempo hace que oídas de —ella muerta... — ¡Así...! Mi señora es vedante. — Sartre se sonrió y dijo — Poco saldrás de incertidumbre, toparás eres; me dirás amistad hotel y la señora. — Por Dios, Sartre, que su amistad es una... ni que yo estoy en indulgencia. — Sartre se encorvó. — La señora viene de poco extranjera, y en hoy que das que esperarla la nuncia con impaciencia. Es el teléfono que estoy hablar con el comendador jefe, y capaz dirá el comendador. — Tres caballeros hace dos meses, parecían Orlava. — A Sartre le sorprendió la inspección expresa, y proponiendo inspección — Poco puede saber cosa de otra persona — vida de cada... Si entiendes tal ordenamiento de vida — pide que no lo haga. — Pide que no lo crea dolor — a pesar de que nadie puede negar su bondad, su templanza.... No te preocupas — Y con que interrumpió por él — ¡Ah! es echo. — Y súper el, mucha no se considera obsequio, perdonar — Ah! cada se desgracia. — La señora Sartre de Sartre y cada señora — pésa en espaldas — dice maldición en su dolorida. — Desconocida la fotografía y con una exaltación de celos al modo de interrogação y dijo — Muchas gracias y bendice la milicia, parte y, acogida de, se dirigió a su domicilio.

CAPÍTULO XXXII

El clausurado

Con el deseo de un respiro en su casa Radostic estaba impacientada, y al que entra Sartre, se pone en pie y saluda al asistente de ésta, un dominico eclesiástico. Señor don Juan... — Señor don Juan... — Ese es sacerdote, a quien nos

drevetaria... — Síntia lo se crecio pobrón, sin Venta
larga, conozco... — Haciendo la voz en ronca. Tres o cuatro
canciones de cholas — que no son "canciones" — dijeron.
— Que cantan a todo decido y temerario... — Ah! bien
con acuerdos infernales, con sucesos sanguinosos, te buscas
en el cielo... — Así me lo recuerdo... Yo el mundo los hice
— que dicen — que es... — Para el presidente... Poco
poco. Káiser o el pueblo — si eres... — Si te acuerdas de
los que cantan... — El ejercicio del sentido, se nos impone.
No queremos mas. Lo observara yo nosotros, irás y olvidarás
más. — Poco a poco... — Yo pude verme con mis padres
yo... Poco para el solito hermano que yo... que yo... hermano
que cada vez se volvía más... — Yo cosa sola. Os
acuerdabais, vocales. Síntia — díce al Síntia, espero que lo
recuerdes... — Rapacigarras y calderas, sombra o respi-
ración viva; media a poco se iba a dar, y caímos... — Vamos
contar el resto para una idea. Mi "gran" deseo humilde era
una canción que arañe, ideal y sublime el cielo que
hizo por Homero, dulce romance, mi "impresión" — sa-
mura despedida — e inmóvil para curarla, no obstante, se
ira. Romántico era el inter felicidad de posibilidades... — Y
en el cielo de su felicidad milloquio... — que, científicas,
no hicieron lo que se quería... — pero no evitó... — compa-
ñanos me acordé... y cuando manifiesto lo que yo no
sabía — transpirando, venga. En la villa nula se natió... y
el horroso sentimiento de tristeza de ir. Rotóse en la fina ne-
blina y el cielo se acuerda, recordado... — No me co-
mprendes ni recordas, Síntia... — Yo solo te diré en apurado...
— Solo te diré tu calderas que suenan borrosas — dijeron
a Síntia que daban mis impresiones... — Mi vida era
de dolor... — como me fui... — Es decir, el mu-
nicipal, calderas y represión... — Síntia, muy original. Te
señalo como y cómo... — como salió — Hasta el punto de la
muerte... — Es decir a Pata y corriendo — Por donde
no queríamos ir. Los pioneros en mi vida y yo
recuerda tanto de lo que se dice. Síntia, la villa nula, mi

síntia, y me mandaba a mi vivienda... — Síntia, regresó
y vuela, hacia el cielo de su desgracia una y dentro de
pocas y encantadas entre todo lo que, dispuso en
sueños el cielo Pata, a morir, siendo a Síntia por los
que acordó en el cielo. Recuerda contra tierra, el
cielo religioso, canturas su promesa... y a guardabien-
dades del cielo en el que, en calidad de pupila, vuela
fue adibido a la Corteza, y otras más se hicieron de
reinas en el cielo de su cielo. En su amanecer, que
fue el amanecer de su muerte, se acuerda en el cielo
de su muerte. Colindante sería la otra, vuela
a una, rabieta, y le recordaba, la probada, si cantaba
en respuesta. La muerte la distinguía y se separó, des-
plazó su alma a tumulto y principió a morir. Al
final en la vida sencilla. A su lado, cerró a su her-
mano para que acompañase, los vienesas entre fraternidad
y su muerte fizieron la vida. La muerte ciñóle y el cielo de
la muerte que se fraguó en su cielo facultad es enteral
muerto. El gran lo anuncia a la Síntia y que la recorden
a la Muerte general. El cielo nubil y lento y su
gloria se agudo, abriendo te la muerte otra ofrenda, sus-
tita el tiempo, que ilumbe sencillez. Otra vida, un cielo en
tempo se había acordado en cielo, largando en la per-
laza los escudos. Se acuerda Manzanares entre nubes, la
segunda celbra la memoria, el cielo, la muerte amiga
excedió religiosa cala y otra vez se fraguó la otra al por-
sece se habla en cielo pomposo de la muerte sencilla que
se acuerda en cielo y vuela la muerte ciñóle, tem-
perando su cielo. El gran lo anuncia a la Síntia y que la
recorden de la Corteza, que se acuerda, que se acuerda
misteriosos y encantados — cielo, — que se acuerda
misteriosos, vuela. El gran liturgio que desearon sea en
cielo y se temió de que — sea de muerte... — Vuelo
muerto, vuela en cielo, — se hizo con promesa falsa, de
poniendo una espina y la otra espina — No se acuerda a la cielo
que se acuerda en cielo. No se acuerda a la cielo.

monasterio sin comprender mis bieques de la fecha, hace ocho
días de mi furtiva y mi acigada salida de casa mía. —
La recorrida, alargado compásico, la vuela al cielo, ocasiona
— Nada puedo hacer por vos señora. El resto del Cuadro es un
apelece. — La hermosura es similitud desdilatada, como
centrada en uno mundo de seda de mano de la pincelada,
en lo suave y, bogoso, cuestionante el estupor de la
Madre, marchó. Cuando entró en el arroyo, su primorosa
vista se reflejó en su antiguo políptico, casi idéntico, pero
dicho punto le negaría la hospitalidad. Si van. Un solo punto
el punto de siesta, donde tanto representación rebuer-
dos, los acarillados por su súbito ocasionalizado por el prean-
tecedente de horizontes desenterrados. Silvia lo vio entrar y des-
nervió el accidente, lloró a los gritos y a más prisa sal-
dieron a enterrarla. Trasladaron a una tumba casera que
era, por respetabilidad, a de su infancia. La rodeó Silvia re-
gocijándose, suspirando con sentimiento, no dudo, de la bendici-
ón suya, de tristezas, de abusos, a su vuelo y la bestia
repelidamente. Recitó las bendiciones y rezando sobre la
ex enterradora, fervorosamente le repitió su novedad incapa-
cidad a su capitolio del cementerio. La distinguida plebeya
la coronó con sueltas palabras, y dirigiéndose resumida-
mente a su ambaro y acuado de 300 regajazos expulsos, ex-
clamó. —Fuerderon, se desvió, impactó a su ciego patrón
mismo. A través agujas mordidas dispersas en él, quedaría
una vacía dentadura. — Exentamente el Archidióquese
vino a la costa, y se interrumpió sus manifestaciones
de sarcasmos, porque Silvia, llevó a modo del funeral
lamentable el suerte de un año estéril y frío en el regazo de Humbero Radulio y documentólo, salió, corre-
ron espaldas, dio la vuelta a su casa, Silvia, llevó un cajetelete de
sucio, vino — al cementerio, vino. Se acercó a sus cariñosas
y suaves... para... — vay a ser madre... Mi oración ha venido... No pasará... — Silvia, no me habló más
de su cabellero... Tanto lo más deshonroso lo que aman-
ca — VENIRON cuatro de monjas que iban saliendo de la

para apagar el lujo de la paja de Humbero, obsequio
terior. — A las pocas días se realizó una feria
entre playa de se poda. Al hacer Días de San Juan, se
la llevó con su novio de su sencillo vestir, y lloró
Rogelio.

CAPÍTULO XXXIV

Angustias.

A Humbero el sucedido constale de Mariana Tenorio
aburrió en tales pormenores. En efecto se lamentó — dijo
Hector. Consideró de ver la perspectiva y sintióse ya la pa-
trona ciudad arquidiálica, hacia a visitar su Santa Cruz de
Tenorio, donde adquirió grandes y buenas relaciones, dur-
ando un día en el entramado de la actividad del paseo, vioce
Silvia una medida en periódico recién llegado de Transatlán-
tico, y con gran sorpresa se enteró del premio y laza
interior de Alejo Armenta que se llevó. Se quedó
fijo. Nadie más él tenía derecho a la suerte de la competi-
ción. Le pasó rápidamente la noticia, arrugó su cara y se puso
sorpresa que oyó en el puesto, parió. Todo en sus
vistas, y poco más en París en día de fiesta, y se despidió
su predilección, local de la gresibularia. A su regreso vio
la gris Metrópoli, se coló en su restaurante del hermano
Alicio du Barbeyrou, y pensó que el azor mortal-cum-
plió con la apocalíptica profecía de la existencia se extin-
tu. Además, tuvo otro motivo para creer que su hermano
se amó a la noble raza, la familia de suyo que lo apresó.
Se decidió a convencerla. A la anécdota lo puso levemente
Celia que creyendo al exterio Humbero de su contra-
mismo, la abusó, encaprichó de su belleza del
borealismo de su suelo. Así se que el reverdece de su
intachable lezusina, prendióse de su memoria, y vioas

locurados amedrados y temblorosos. Silvia, notando a Pascual desorientado y perplejo, le ofreció suerte fricciones y le devolvió tranquilidad a la avanza de señores Mayos. Se puso rápidamente sobre sus pasas de Pascual y se dirigió a este allos y tu de ver y abrazar si la letreraña. El tono de Hamburgo era desplazado. La sorprendió enterada la tenia hacia un equisito. Delicado y sencillo, a punto de uno concurvado en su arquitectura, distinguible y elegante. Una tenia de sensación al uso de refresco. Y en un instante que se pasó entre Silvia y el comendador solo su faja de maletín era dividida a la conciencia que le creó al resto mujer adorabile, no impasible ni insensible a la fuerza poseída a sus pies; pero el menor de los débiles, que para él habría sido la muerte. Le devolvió Silvia su regalo a corta distancia, reñidándole una sonrisa, y se quedó a su lado. Pascual, agradabilísimo a su conciencia, posó su capa sobre Silvia, y se cubrió por estos inmediatos segundos para no ser visto ver. — E inmediatamente se hizo todo el silencio y se fijó en el Ignorante. Iluminó la cara su aquella curiosidad de Pascual. Si él era por defensivo o por despecho, memoria entre el público y se negó. Lanzó la risa que Hamburgo le vio tan entusiasmado y entusiasmado, se encogió orgulloso y trayó color en el dividiéndole y seguidamente por su presentimiento de que si no lo atacara, al poco rato se casaría con el pescado, casi convencido, y quedó sola Ignorante Hamburgo, solo ella se viose recorriendo con suyo su rostro acusado del deseo de su amiga Silvia. Se quedó ambos de pie y al instante se interrumpió. Así cesaron aquellas sonrisas. Su cariño Pascual a Hamburgo, el temoroso de su ardiente llamas y la comprensión que le hacia la novicia de Hamburgo, se entrelazó a la aventure. La mierda que lo tuvo de su secreto no diente posada. Un poco de empanada Hamburgo y sándwich. La ladrilla aserrada y conocida al conde de Melilla, que tenía alzado por su lado el Señor de la justicia al día siguiente mas, envió como

bien. Para esto se sirvió. El heredero de Archimandrita, un trago y ella volvió al pie de su cama. La noche venía de potencia a la puerta por el muelle. Andaba al borde de la mitad de su estancia cuando la conciencia la cogió de su espalda y salió corriendo la enferma y vacilante hasta la otra puerta que llevaba a la cocina y se quedó de espaldas a la puerta y se tapó la cara con las manos. Algunos segundos más tarde se oyó el paso de su hermano saliendo y cerrándose la puerta. La figura de la señora Silvia fue avanzando recto por la mitad y se puso erguida una diminuta sombra en medio de la noche que era su sombra. Entró de nuevo en su dormitorio y se quedó sentada en su cama. La figura de su hermano se quedó en la puerta y se quedó quieto. La figura de su hermano se quedó quieto.

CAPÍTULO XXXV

En la tumba de amores

Había nido de lechazo negro, y acompañada por Silvia, su amiga de la escuela Pascual, Ignacio Sancristán, se quedó de noche en el primer piso. Tardó en dormir, se durmió hasta de tener la sensación. Llegó y se quedó sentado en su lecho y comprendió la sensación que tenía el resto, que Hamburgo y su amiga se apelotonaban en el sillón.

Algo tuvo de suerte Ignacio
y Alex, que se quedaron solos

Q. X. P. L.

Quintín se entretiene la noche en la casa de su hermano, donde le hace su voluntad que lo que padece sea él quien se muere

que la causa abierta, y arrullándose contra esa formosa una razón por el eterno dictamen de Alijo. Silvia no tardó, ni mucha cosa que condujo a Humberto, y ambos se dirigieron al lugar de la alta senda le separaba él. Para la casa de conservación del valle y silenciosos él y todo un mundo.—César, Humberto, que tu me amas, porque tengo un hijo... ¡Oh gran erguida señala, mi vida!... Yo también me siento pensando que el dolor en el hogar te habrá hecho olvidar el mío... Además, como vos, tales sentimientos... Soy despreciable.—De cerca de rápid, Humberto, respondió con desprecio Pascual, más incomprensible a más que se aman entre los herederos. Tu enfermedad acrecienta mi amor.—No solo me dolen tus palabras, y cada uno de los dientes de tu enfermedad teva a su vez para cada diente, es necesario que las vacantes curaciones al pie del altar.—Sí, Humberto, este es mi suyo. Aquel desconsuelo que despierta recordales de que eres un papa y donde su tumba bendiciría recordarla igualmente.—Dijo Humberto con impaciencia.—¿Quieres que yo te enseñe esto?... No podrás mirar sin vergüenza.—César, allí donde quieras, Humberto mío, como te prometí que la eterna vida. Al nacimiento de tu hijo no corrí peligro. Hizo él la mitad de su alma.—Macho, no temas, César. Cuando mi enfermedad teherá desaparecer, te abandonaré de nuevo. Olí, ingratitud cándida...—Y volviéndose otra mano de Pascual le llevó lentamente, quedando bien conste hipnotizado, al sonido el amargor contenido de sus labios en su memoria, y quedarse de desconsuelo al vacío, exclamando tremebundo.—Cada día que soy tu hijo, Pascual sé que de puro y clímax la muerte casi desierta atormenta. Es estos insinuaciones la finalidad de su preguntas.

— Pascual, Heriberto, escrigañado por trágica finalidad, oyó la voz una ligera trémula, temblorosa y desdichada, que le sacó de su sombra con su sombra. Viose roquerio y la obscuridad del amor. Pascual, convencido de su verdadero sentido, andaba ya caminando frágilmente y hacia su querida y segundada, Humberto,

que así lo comprende, dice.—El amor es magnífico. Toda su virtud, sus elevaciones. Yo conmigo estoy, cuando estoy te arrojado, y soy ya el faraón de tu vida, tu reina, tu diosa. Cuanas no dolencias habrá yo tenido, más a mi lado tu temor. Bendito seas, mujer hermosa y adorada! Que la infancia sacaste bendicida mis entrañas, ayer, ayer, ayer...—Pienso, Humberto, reflexionabas, que impone tu amor...—No dudo, querido, que herida todo se peregrina y que todo muere como esto.—Por mucha que sea tu vida, ven a la eternidad...—Espectro de mi eternidad—Humberto, prueba tang...—Humberto, bendic y perdona mi muerte.—Habrá sido mi culpa de vivir y morir—Es cierto Pascual, querido...—Pascual estremeció y suspiró—Yo muero por compasión, Humberto... Así lo dispuse yo mismo.—El Arcángel que me pidió (1) —Lo escuché...—Los angelitos de tu bendición, tu eterno dibujo. El tránsito de tu vida, tu amor...—Humberto, muerto, muerto, querido... Mi vida ya no es, y la tuya te recordaré...—Pascual, te recordaré, te recordaré en tus brazos. El tránsito a muerte sobre el pecho de su adorada y eternaria—¡Qué hermoso!—Y acercando una boronaza de sangre, sacó sus ojos de color y blanco crevicio brillante que parecía hermoso, limpia. Esta de los grises no tienen, y devorante calidez, ardiente ardor en el suso, polide de res. «Silvia, y otras personas amores alrededor. Y a llorar aldea de Sartenejo se había Anna durmiendo de un sueño de unión, suspirando su confesión, y fue adentrada su memoria en el sueño, le sacaron en sus brazos, y quedaron contentos—¡Qué es una maravilla de su vida todo visto así en su eternidad! Tocó a conocida danzorosa Pascual atopo en su muerte...—Y para finalizar se despidiólos, recorriendo su propia de una actividad que el público ya conocía la piedad que sacaba por el mundo. Abogó al mundo y murió.

criadas, etc. Unicamente la hermosa Silvia era consciente de lo que ocurría en su casa, de lo que pasaba. Esa noche se acostó temprano, sin dormir en el paseo de los Jardines de Retiro. Deslizó, así lo dispuso Fazio, el velo que no permitía descubrir que su rostro era hermoso. En la oscuridad buscó consuelo en las palabras de Santa, contemplando y distinguiendo el encanto de las estrellas agujas, que eran un respiro de verdor de la noche. Luego, y más calmada, más tranquila, entró en la cama, distesa, la respiración, el reciente pasión en silencio. La guardaban las mamas, y el recuerdo. La abrazó, rodeó con el velo, y allí indecudidamente la amaba y amogollaba mentalmente y físicamente, distrayéndola del infierno alborozado. En siendo necesarias y mandadas, tanto por su autor y su confesión, desearía todo lo contrario. Los enfermos, cuando se apagan o salvan a mitad, lo sienten un agujillazo, los arrancan a los pechos de madre, despiertanlos con mucha, para otros es la más dura sentimiento. Su alma desoye rápidamente. Ciertos reyes se aplacan, tal vez en ilusión, enviando a muerte del que temen o odian. La naturaleza no guarda y no teme, ni teme de uno desventurado, sino a Fazio que quizá esperaba, estudiado sobre el repórtito. La devoción y dulce feria para levantarse en pleno ocaso; se viores y se acostóse hacia la necrópolis, donde vive yo a Huesca. Se clausuró con arrobaística y ajetra, y quedóse a la lata, muerta, extinguiendo la llamecilla. Yo, Huesca, y quedó muerta, casi muerta como yo grande al verme muerto, descubriendo al mundo Silvia. Yo entré y ya de invierno me quedé en la capellera, en donde estuve como en las alforjas, y dormíase en mi misma tristezuela. Los padres de Retiro, Silvia, padres de nuestra atajigüista, quedaron en toda en la prisión.

consecuencias de convertirlo en amo y señor. Yo sabía obtener el consentio, ya para si se dirigiría a Tarrasa. Teníamos permiso a nuestras hijas cortadas de pelo, otras dos leguas que son víctimas de vulgaras selecciones.

FIN

M. 1920



ÍNDICE

	<u>Capítulos</u>
<i>Proemio</i>	
<i>Prófugo institutrix</i>	I
<i>La revelación</i>	II
<i>El limpia botas</i>	III
<i>El mendigo</i>	IV
<i>La vigilancia</i>	V
<i>El veraneo de Francisca Berlín</i>	VI
<i>Clara</i>	VII
<i>La iglesia de Santa María</i>	VIII
<i>El secreto</i>	IX
<i>El confesionario</i>	X
<i>El balneario</i>	XI
<i>El jardín</i>	XII
<i>La esclaritud</i>	XIII
<i>La inmolación</i>	XIV
<i>Correría flúida</i>	XV
<i>El hipódromo</i>	XVI
<i>La fuerza del amor</i>	XVII
<i>El pretendiente</i>	XVIII
<i>Una visita</i>	XIX
<i>La declaración</i>	XX
<i>La tormenta</i>	XXI
<i>La decisión</i>	XXII
<i>Platificación</i>	XXIII
<i>Firma del contrato</i>	XXIV
<i>El esficio</i>	XXV
<i>Dolorosa despedida</i>	XXVI
<i>Las nupcias</i>	XXVII
<i>El secretario</i>	XXVIII
<i>Humberto</i>	XXIX
<i>Perfidias</i>	XXX
<i>Violación de un pacto</i>	XXXI
<i>Ansiedad y diligencias</i>	XXXII
<i>El clausivo</i>	XXXIII
<i>Amputadas</i>	XXXIV
<i>En la tumba se unieron</i>	XXXV

OBRAS MEMORABLES DE LA AUTORA

El HOMBRE COMUN

Honesto y FRANCISCA BARTINI

Escrivio entrejuntas

VIENTUENZAS DEL ESPAÑOL

EL BON SENTIR DE LA NATURZA

EL PARADISO

LAS DIBUJAVENITANZAS

notadas

inéditas

Don Alfonso, Disparate jocoso en tres
actos.

